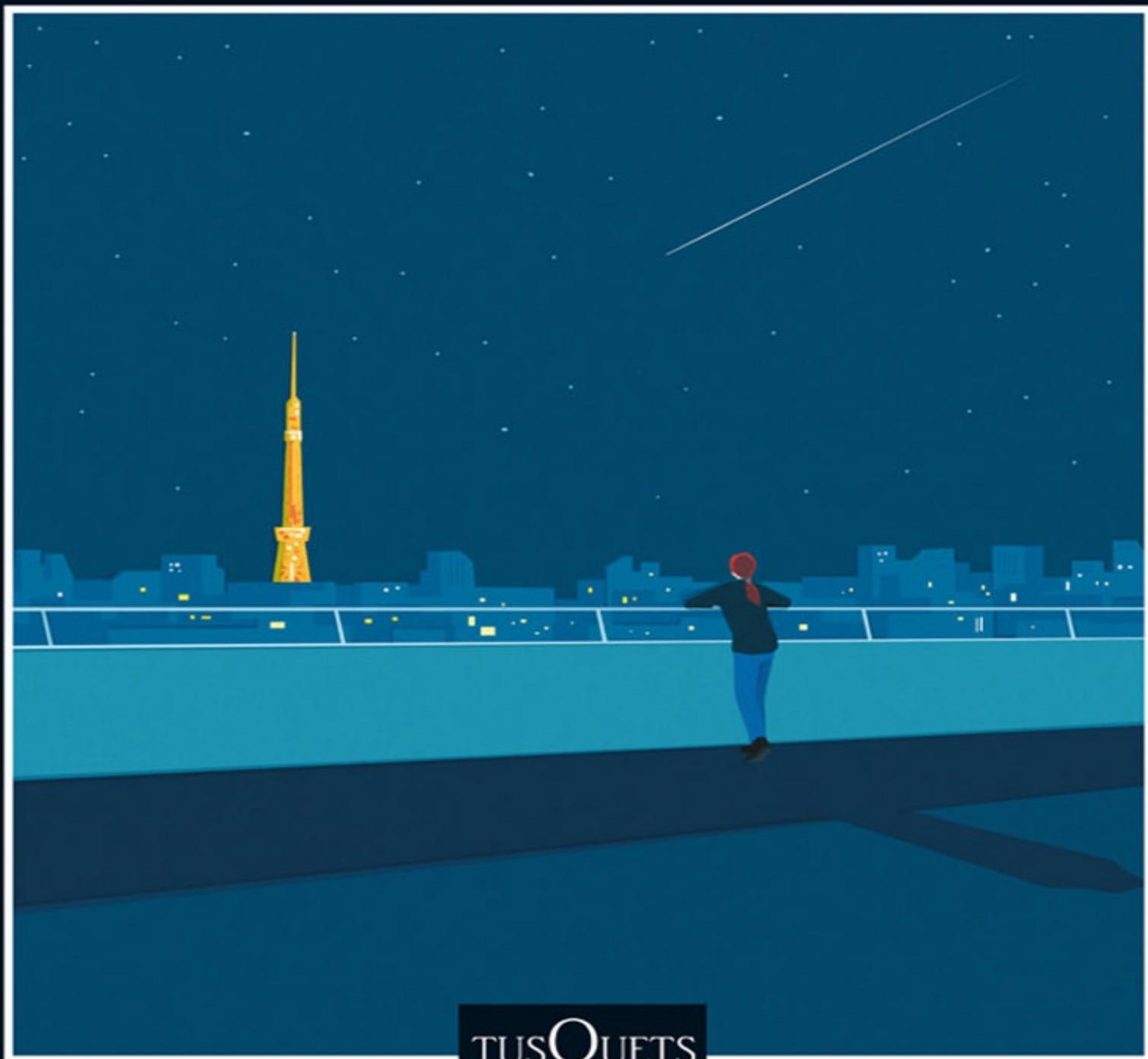


Banana Yoshimoto

LAGARTIJA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Recién casados
Lagartija
La espiral
Soñando con kimchi
Sangre y agua
Una curiosa historia a orillas de un gran río
Epílogo
Posfacio a la edición española
Notas
Créditos

Sinopsis

Uniendo armónicamente el Japón tradicional y el moderno, Banana Yoshimoto ofrece en este volumen seis relatos cuyos protagonistas, jóvenes y no tan jóvenes, hombres y mujeres, se enfrentan al paso del tiempo y a la necesidad de superar sus traumas infantiles, sus amores atormentados, los abandonos. También la de contemplar lúcidamente sus vidas. Existencias que parecen discurrir sin rumbo, sin sentido, o sin apenas sorpresas, tienen de pronto la oportunidad de albergar por primera vez la esperanza en un futuro más feliz, en seis relatos tejidos en un Tokio donde al atardecer la luna se funde con el cielo y empiezan a parpadear las luces nocturnas.

Recién casados

En una ocasión me encontré a una persona extraordinaria en el tren. Ocurrió hace mucho tiempo, pero el recuerdo aún sigue vivo.

Había transcurrido un mes desde mi boda con Atsuko. Yo todavía tenía veintiocho años y esa noche estaba como una cuba. Hacía un buen rato que me había pasado de estación. Eran altas horas de la noche y en el vagón solo viajaban cuatro personas, incluyéndome a mí.

Creo que no tenía ganas de volver a casa, y por eso, cuando me di cuenta, no me había bajado. Poco antes, mis ojos ebrios habían visto cómo se aproximaba y cómo se detenía poco a poco el familiar andén de mi estación. Las puertas se abrieron y entró una fresca ráfaga de aire nocturno. Luego volvieron a cerrarse; lo hicieron con tal perfección que parecía que no fueran a abrirse nunca más, y el tren se puso en marcha lentamente. Las luces de neón que yo conocía tan bien empezaron a discurrir una tras otra. Yo las miraba fijamente desde mi asiento.

Al cabo de un rato, en cierta estación, se subió aquel anciano. Debía de ser un sin techo, porque llevaba un atuendo andrajoso, tenía el cabello y la barba largos e hirsutos, y despedía un hedor fuera de lo normal. Los otros tres pasajeros se fueron cambiando a los vagones contiguos, como si obedecieran a una orden. A mí ni siquiera me dio tiempo de moverme, me quedé arrellanado en el asiento lateral hacia la mitad del vagón. Me daba igual, y quizá sentía una ligera repulsión hacia quienes dispensaban con tanto descaro esa clase de trato a los demás.

Por algún motivo, el anciano fue a sentarse justo a mi lado. Contuve el aliento e hice todo lo posible para no mirarlo.

La ventana que tenía enfrente reflejaba nuestras caras, una al lado de la otra. Dos hombres, hombro con hombro, sobre el hermoso paisaje nocturno que afloraba oblicuo en la oscuridad. Yo, con una cara de incomodidad que resultaba cómica en mí.

—¿Por qué será que no te apetece ir a casa? —preguntó él con voz ronca pero estentórea.

Al principio no me di cuenta de que aquel comentario iba dirigido a mí. Puede que la pestilencia que despedía me hubiera paralizado el cerebro. Cerré los ojos y fingí estar dormido. Poco después, acercó su cara más a la mía y dijo:

—¿Qué motivo hay en realidad para que no quieras volver a casa?

No abrí los ojos, pues sabía que, efectivamente, me estaba hablando a mí. El acompasado traqueteo del tren resonaba en el vagón.

—Incluso viéndome con esta pinta, ¿no te dan ganas de marcharte? —preguntó.

Yo seguía con los ojos cerrados, pero noté claramente el cambio en la voz. El tono se distorsionó en medio de la frase y se volvió más agudo, como cuando se rebobina una cinta de casete hacia delante. Se me nubló la mente como si mi percepción del espacio se hubiera alterado. Luego, ese espantoso hedor desapareció de golpe y, poco a poco, empecé a sentir algo dulce..., un sutilísimo aroma a flores. Dado que tenía los ojos cerrados, pude identificarlo aún mejor. Una tenue mezcla de olor a piel femenina y flores frescas... Sucumbí a la tentación y abrí los ojos.

El corazón estuvo a punto de parárseme.

A mi lado había una mujer. Me apresuré a echar un vistazo a los vagones contiguos, pero la gente se hallaba lejos, como en otra dimensión, nadie me miraba y sus caras tristes seguían meciéndose al compás del tren igual que hacía un rato, como si hubiese una pared invisible entre vagón y vagón. Volví a mirar a la mujer preguntándome qué había ocurrido, en qué momento se había producido el cambio.

Estaba sentada mirando al frente.

No supe de qué nacionalidad era. Ojos marrones, melena castaña. Vestido negro. Piernas largas y esbeltas, zapatos de tacón de charol negro. Aquella cara me era conocida. Tenía la sensación de que se parecía a «alguien de otro tiempo»: a una artista que me había gustado, a mi primer amor, a una prima, a mi madre o a una chica mayor con la que había fantaseado durante la pubertad. Sobre su prominente pecho llevaba un broche con un ramillete de flores frescas. Me imaginé que vendría de una fiesta. ¡Y pensar que hasta hacía un instante había un hombre mugriento sentado a mi lado!

—¿Sigues sin querer marcharte?

Dijo ella con una voz dulce y fragante. Intenté convencerme de que estaba borracho y de que aquello era la continuación de la pesadilla que había tenido. Un sueño sobre la transformación de un patito feo: de vagabundo a mujer bellísima. No entendía nada, así que tenía que fiarme de lo que veían mis ojos.

—Ahora que te veo, me apetece todavía menos irme a casa —contesté.

Me sorprendió con qué desparpajo había hablado. Era como si mi boca hubiera cobrado vida propia y hubiera desnudado mis sentimientos. El tren se detuvo de nuevo, pero, curiosamente, nadie se subió en nuestro vagón. Las personas que poco a poco iban entrando en los vagones contiguos tenían una expresión sombría y aburrida, y ninguna de ellas miró hacia nosotros. Puede que, en realidad, quisieran cruzar la noche y marcharse lejos de allí.

—Eres tozudo —dijo ella.

—Las cosas no son tan sencillas —contesté yo.

—¿Por qué?

Ella me miró a los ojos. Las flores que llevaba prendidas en el pecho temblaron. Me percaté de las espesas pestañas que rodeaban sus grandes ojos. Luego recordé la cúpula redonda, honda y extensísima del planetario cuando lo visité por primera vez siendo niño. Aquel espacio tan pequeño abarcaba todo el universo.

—Pero si hasta hace un instante eras un señor andrajoso.

—Seguro que sigo dándote miedo —dijo ella—. ¿Cómo es tu mujer?

—Pequeña.

Tuve la sensación de estar viéndome de lejos, hablando por los codos. Era como si me estuviera confesando.

—Es muy bajita, tiene el pelo liso y los ojos tan rasgados que, aunque esté enfadada, parece que sonría.

—¿Qué pasa cuando abres la puerta de casa al volver por la noche? — recuerdo perfectamente que me preguntó.

—Cuando llego a casa siempre me recibe con una sonrisa. Lo hace casi como si fuera su deber, como una misión sagrada. Sobre la mesa hay flores o dulces. Se oye el ruido del televisor al fondo. Hace ganchillo. En nuestro pequeño altar budista siempre hay arroz recién preparado. Cuando me levanto los domingos, oigo el aspirador y la lavadora. Charla alegremente con la vecina. Todas las noches da de comer a los gatos del barrio. Lloro viendo una serie, canturrea en la bañera. Habla con los peluches mientras les quita el polvo. Cuando una amiga me llama por teléfono, fuerza una sonrisa y me pasa el aparato. Con sus amigas de la infancia habla largo y tendido por teléfono y se parte de risa, como una colegiala. Todo eso le otorga al piso un aura de particular alegría, pero a mí, no sé, me dan ganas de gritarle que pare ya, que ya es suficiente. Me pone furioso.

Yo hablaba por los codos. Ella asentía.

—Te entiendo, te entiendo.

—¿Qué vas a entender? —dije yo.

Ella se rio. Tenía una manera de reírse distinta a la de mi mujer, pero me resultaba familiar, como si la conociera de hacía muchísimo tiempo. Me acordé de un día en pleno invierno, cuando era un crío y vestía pantalón corto, en el que, de camino al colegio con un amigo, hacía tanto frío que ni siquiera podíamos abrir la boca para decir que hacía frío y los dos nos echamos a reír. Luego recordé varias escenas de mi vida en las que me había reído con alguien del mismo modo y, de pronto, me puse de buen humor.

—¿Desde cuándo vives en Tokio? —me preguntó ella.

Me percaté de algo raro cuando la palabra «Tokio» salió de sus labios:

—Un momento, ¿en qué idioma me estás hablando?

Y es que no lo sabía. Ella asintió con la cabeza y respondió:

—No tiene nombre. Te estoy hablando en una lengua que solo entendemos tú y yo. Entre todas las personas existe un idioma parecido. De veras. Hay una clase de idioma tan solo para ti y otra persona, para tu mujer y tú, para las mujeres con las que estuviste antes y tú, para tu padre y tú, para tus amigos y tú.

—¿Y si no estuviéramos solos? ¿Qué pasaría con ese idioma?

—Si fuéramos tres, hablaríamos una lengua que solo nos pertenecería a los tres, y si se sumara uno más, la lengua volvería a cambiar. Hace mucho tiempo que observo esta ciudad. Tú, por tu parte, también has hecho lo propio. Hay mucha gente así, y ahora te estoy hablando en un idioma que solo entienden personas que «guardan la misma distancia con Tokio». Pero si aquí hubiera una abuela simpática que vive sola, me dirigiría a ella con palabras que hablaran de soledad. Si se tratara de alguien que estuviera a punto de pagarse una prostituta, lo haría con un idioma que hablara de libido. Funciona así.

—¿Y si estuviéramos la abuela, el de la prostituta, tú y yo?

—Siempre tienes algo que decir, ¿eh? En ese caso supongo que charlaríamos con palabras relativas a la vida de cada uno de los que arrastra este tren nocturno, en medio de la particular atmósfera creada aquí y ahora por esas cuatro personas, que no son cuatro personas cualesquiera.

—No me digas.

—¿Desde cuándo vives en Tokio?

—Desde los dieciocho años. Me vine nada más morir mi madre. Desde entonces he estado siempre en esta ciudad.

—¿Cómo se siente uno al vivir con una mujer?

—Cuando a uno lo bombardean con interminables conversaciones sobre detalles triviales y cosas absurdas sin importancia de la vida cotidiana, acaba sintiéndose extrañamente alienado. Con Atsuko es como si estuviera con la mismísima personificación del concepto de mujer que vive preocupada solo por ese tipo de nimiedades.

Los pies de mi madre pasando junto a mi almohada en zapatillas cuando era tan pequeño que apenas conservo recuerdos, o mi prima llorando de espaldas cuando se le murió el gato. Son imágenes que se me han quedado

grabadas en la retina. La turbadora sensación de calor e intimidad con el cuerpo extraño de otra persona.

—¿Es así como te sientes?

—¿Y tú adónde vas? —le pregunté.

—Yo cojo el tren y me paso el tiempo observando. Siempre lo he hecho así, como siguiendo una recta invisible que no tuviera fin. La mayoría de la gente no lo comprende. Considera que el tren es una caja estable a la que se sube por la mañana, tras mostrar el bono y pasar los torniquetes, y que le permite regresar a la misma estación por la noche. ¿No crees? —dijo ella.

—De lo contrario, el día a día se convertiría en algo imprevisible y tremendamente inestable —respondí yo. Ella asintió y siguió hablando.

—En realidad, no estoy diciendo que me imiten, es una cuestión de mentalidad. Te sorprendería lo lejos que sería capaz de marcharse la mayoría de los pasajeros de este tren, con el poco dinero que llevan en la cartera dentro del maletín, si miraran la vida desde el tren como único punto de observación y no confundieran su función con la de llevarlos de casa al trabajo y devolverlos después.

—No lo pongo en duda.

—Siempre estoy dándoles vueltas a esas cosas cuando voy en tren.

—Se nota que tienes mucho tiempo libre.

—Todos los que nos hemos subido al tren estamos en la misma situación. Unos leen, otros contemplan los anuncios en las paredes del vagón, otros escuchan música. Yo, mientras tanto, pienso en las posibilidades del tren.

—¿Por qué te has convertido de repente en una mujer guapa?

—Porque no te has bajado en la estación en la que tenías que bajarte y quería hablar contigo. Simplemente para atraer tu atención.

Me sentía tan aturdido que ya no sabía con quién estaba hablando ni de qué. El tren se iba deteniendo en las estaciones y volvía a deslizarse en la noche. Rodeado de oscuridad, el barrio donde vivía se encontraba cada vez más lejos.

La persona que estaba a mi lado me provocaba cierta nostalgia. El olor de un lugar antes de mi nacimiento en el que una mezcla de desprecio y cariño impregnaba el aire. Al mismo tiempo, sin embargo, me transmitía la sensación

de que era inabordable y podría ser peligrosa si la tocase. Temblé por dentro. No porque me preocupara mi borrachera o la posibilidad de estar volviéndome loco, sino por una sensación instintiva de insignificancia. Como el instinto desesperado de fugarse que siente una criatura salvaje al topar con un ser mucho más poderoso que ella.

—No hace falta que vuelvas a bajarte nunca más en la estación donde vives. Depende de ti.

Oí vagamente que me decía ella.

«¿Será verdad?», pensé. El silencio se prolongó durante un instante.

Cerré tranquilamente los ojos con el traqueteo de fondo y me imaginé la estación donde vivo: las flores rojas y amarillas, cuyo nombre desconozco, que se mecen por las tardes en los arriates de la plazoleta redonda frente a la estación. Al otro lado hay una librería. Una fila de gente hojea libros de espaldas a mí. Sí, a mí. Porque debo de estar en el recinto de la estación observando fijamente lo que hay enfrente. El olor a sopa del restaurante chino. Gente haciendo cola para comprar los famosos bollos de la confitería. El mismo grupo de siempre, formado por estudiantes uniformadas de un colegio femenino que se ríen a carcajadas, pasa a una velocidad inusitadamente lenta. Estalla otro coro de risotadas. Los estudiantes de un instituto masculino se ponen un poco nerviosos al cruzarse con las chicas. Entre ellos hay uno impertérrito. Es guapo, seguro que tiene éxito. Una oficinista somnolienta impecablemente maquillada. Debe de volver de algún recado, porque lleva las manos vacías. Parece que no le apetezca demasiado regresar al trabajo. Y es que hace buen tiempo. Un hombre de negocios compra una bebida energética en un puesto de la cadena Kiosk y se la bebe. Aquí y allá, gente que espera. Unos leen libros de bolsillo, otros observan a los transeúntes, o avistan a la persona con la que han quedado y corren a su encuentro. Unos ancianos entran lentamente en mi campo de visión. Una madre con un bebé a cuestas. La colorida fila de taxis apostada a lo largo de la plazoleta recibe clientes y los vehículos se alejan de la estación como si levantaran el vuelo. Una gran

avenida con edificios antiguos y uniformes señala el confín de mi barrio.

Esos lugares me llegaron al alma al pensar que jamás volvería a visitarlos, como imágenes de una vieja película cargadas de significado. Sentí cariño por todos los seres que desfilaban ante mis ojos. Algún día, cuando me muriera y mi alma regresara a la tierra en una noche de verano, seguro que el mundo se me mostraría del mismo modo.

Y de pronto llega Atsuko.

Es pleno verano y camina a pasitos cortos frente a la estación. Mira que le digo que no se peine así, que con ese recogido parece una señora. ¿Verá bien entornando tanto los ojos? El sol le da en la cara, debe de molestarle. En vez de cesta de la compra lleva una enorme bolsa de plástico. Se queda mirando los bollos rellenos de pasta de judía dulce como si tuviera hambre. ¿Va a comprarse uno? Cambia de idea y se va. Se acerca a la farmacia. Echa un vistazo al estante de los champús. ¿Hace falta pensárselo tanto? Son todos iguales. No pongas esa cara tan seria. Se queda parada, dándole vueltas. Un hombre apurado choca contra Atsuko. Ella se tambalea un poco. «Lo siento.» ¿Cómo que lo siento? ¿Para qué te disculpas, con el golpe que acaban de darte? Ponte dura con ese tío, igual que haces conmigo. Elige un champú. Se para a hablar con la dependienta. Sonríe. Sale de la farmacia. Su figura menuda de espaldas. Tan menuda que parece que vaya a desaparecer convertida en una raya. Camina despacio. Con pasos casi de baile, respirando a pleno pulmón el aire de este pequeño barrio.

La casa es el universo de Atsuko. Llena su hogar de pequeños objetos que la representan, y los selecciona con tanta seriedad como el champú. Recorre su reino con una expresión que no es ni la de una mujer ni la de una madre. Su bella telaraña me envuelve como algo repugnante, pero también es tan pura que quiero aferrarme a ella. Me produce escalofríos, siento que no puedo ocultarle nada. Estoy a merced de su encanto innato. ¿Desde cuándo?

—O sea, que os habéis casado hace poco —dijo ella. Yo volví en mí—. Y tienes miedo del día en que tengas que pasarte al mundo de los no recién casados.

—Sí, exacto, no voy a arreglar nada dándole más vueltas, todavía soy un crío. Me angustia un poco. Me marchó a casa. Voy a bajarme en la siguiente

estación. Se me ha pasado la borrachera.

—Ha sido un placer —dijo ella.

—Sí —asentí yo.

El tren avanzó con suavidad, como un reloj de arena consumiendo un momentopreciado; el nombre de la siguiente estación sonó por la megafonía. Nos quedamos callados. Me costaba despedirme de ella, como si hubiéramos estado viajando juntos durante mucho tiempo a través de Tokio, viendo la ciudad con los ojos de los medios de comunicación, de sus edificios y de su gente. Me sentía como un organismo vivo que respiraba y guardaba todo el dolor contenido en la sutil extrañeza que le producían tanto la estación del barrio en el que vivía, como el día a día, la propia vida o el perfil de Atsuko. La ciudad inhalaba profundamente los infinitos paisajes que cada persona poseía en su interior.

Cuando me giré para decirle algo, ella volvía a ser aquel viejo desaliñado que dormía a pierna suelta.

Me quedé sin habla. Como un barco, el tren arribó despacio y con tranquilidad a la siguiente estación. Se detuvo de golpe, las puertas se abrieron. «Levántate», pensé. Adiós, persona extraordinaria.

Lagartija

En este relato la llamaré Lagartija.

No la llamo así por la pequeña lagartija que lleva tatuada en la cara interna del muslo.

Sus ojos son negros y redondos. Son ojos de reptil, ojos inanimados.

Físicamente es menuda; todos los recovecos de su cuerpo son fríos. Tan fríos que me dan ganas de envolverla con mis manos. Pero no como a un polluelo o a un conejillo. Ella se daría la vuelta y me haría cosquillas en la palma ahuecada de las manos con sus patas afiladas y un tanto extrañas, y si la observara sacaría su pequeña lengua roja, y en sus ojos, semejantes a bolas de cristal, se reflejaría mi rostro desamparado, que parece estar buscando «algo que mimar».

—Estoy cansada.

Lagartija entró en el piso malhumorada. No vi su cara, solo el brillo de la bata blanca en la oscuridad.

Eché un vistazo al reloj: eran las dos de la madrugada. Yo ya me había acostado. Antes de que pudiera encender la luz, Lagartija se acercó a mí y me abrazó. Luego apretó su cara entre mi hombro y mi pecho con tanta fuerza que me dolió, y deslizó sus frías manos bajo mi pijama. Al entrar en contacto las palmas de sus manos con mi piel desnuda sentí una agradable frescura.

Yo tenía veintinueve años y trabajaba como terapeuta en una pequeña clínica especializada en niños autistas. A ella la conocía desde hacía tres años.

No sé en qué momento Lagartija dejó de hablar prácticamente con otros seres humanos aparte de mí. En general, nadie puede vivir sin hablar con los

demás. Por eso yo me consideraba su salvavidas.

A continuación apretó la cara con una fuerza tremenda contra mis costillas. Siempre lo hacía. Me apretaba con tanta fuerza que me hacía daño. La primera vez pensé que estaba llorando.

Pero no. Cuando levantaba la cara, Lagartija presentaba un semblante plácido y aliviado. Su mirada era dulce y tierna.

Seguramente estaba liberando algo que le había ocurrido durante el día. Como cuando uno hunde la cara en la almohada y llora desconsoladamente.

Si no era eso, no había duda de que intentaba desconectar de sí misma y de su cansancio.

Eso creía yo.

Pero esa noche, de improviso, Lagartija resolvió mi duda.

—¿Sabes qué? Cuando era pequeña me quedé ciega durante un tiempo.

La confesión resonó en la oscuridad.

—¿Cómo? ¿Del todo? —pregunté sorprendido.

—Sí, del todo.

—¿Y por qué?

—Por culpa de un ataque de histeria. Desde los cinco hasta los ocho años.

—¿Cómo recobraste la vista?

—Gracias a la atención y los cuidados que recibí en una clínica como en la que trabajas tú.

—Ah... —dije yo—. Si no es mucha indiscreción, ¿cómo perdiste entonces la vista?

Glups. Lagartija tragó saliva.

—Pues en mi familia ocurrió algo terrible. Y yo lo vi...

Le dije que no hacía falta que me lo contara si no quería. Me pareció que le resultaba difícil hablar de ello. Sus padres todavía vivían, los había conocido. No tenían más hijos ni se habían divorciado. Así que era la primera vez que oía que hubieran tenido algún problema.

—... Como de pequeña no podía ver, ahora no me quedo tranquila si no toco algo. Sobre todo necesito cerrar los ojos y apretar y agarrar cosas con fuerza cuando estoy cansada y tengo los sentidos embotados. ¿Te duele? Lo siento.

—El miedo es el miedo, aunque se tengan los ojos abiertos. A la clínica en la que trabajo vienen muchos niños así.

—Sí, lo sé.

—Casémonos. Podemos mudarnos y vivir juntos.

En un arranque, le dije lo que pensaba desde hacía tiempo.

Lagartija permaneció callada con la cara apretada contra mi pecho. El silencio me puso nervioso y me di cuenta de que el corazón me latía con fuerza. Percibí a mi lado a otra persona, que se hallaba lejísimos, con piel y vísceras distintas, y que al dormir no soñaba con lo mismo que yo.

—Es que...

Lagartija dijo eso en voz baja, pero nítida. Y cerró la boca. Se hizo de nuevo el silencio.

Pensé en las diferentes posibilidades: es que es mejor que viva sola, es que estoy embarazada, es que tengo un problema...

Al cabo de un rato, oí cómo una voz sofocada salía de sus labios, que apretaba todavía con más fuerza contra mi pecho.

—Es que tengo un secreto.

A Lagartija la conocí en el gimnasio que frecuentaba en aquella época.

Yo iba a nadar dos días a la semana, mientras que ella trabajaba allí de monitora de aeróbic.

«Qué chica tan rara», pensaba cada vez que la veía.

Era pequeña, compacta, tenía los ojos almendrados, con un toque sombrío, y el aura particular que despedía era muy distinta, ni para bien ni para mal, comparada con la jovialidad del resto de los monitores. Más que ser rara, llamaba la atención. Cuando yo salía de la piscina era justo el momento en que ella impartía clases de aeróbic en una sala. Su flaca figura yacía estática en una postura imposible, como una escultura de Dalí, más allá del mar de cuerpos de mujeres de mediana edad. Se movía con tal agilidad que en todas las posturas parecía estar quieta. Por muy ruidosa que fuera la música que sonaba de fondo, ella era la única que parecía hallarse en un mundo sin

sonido.

Un día, mientras la miraba con cierta curiosidad, ocurrió algo.

Yo ya había terminado de nadar cuando pasé por delante de la sala de aeróbic. Allí estaba ella, como siempre, enseñando ejercicios sobre la esterilla a aquellas mujeres. Mientras me tomaba un zumo las observé, y pensé en el chasco que me llevaría si algún día esa chica dejara de repente su trabajo. Yo acababa de vivir una larga y tormentosa relación con una mujer casada que había roto conmigo, de modo que me hallaba exhausto y sin fuerzas para afrontar un nuevo amor; no obstante, al pensar en aquello me di cuenta de que había brotado algo dentro de mí.

En ese instante resucitó y se expandió como una fragancia una emoción perdida hacía tiempo, algo parecido al alborozo que se experimenta en una agradable noche de primavera cuando se tiene una cita con una mujer a la que uno todavía no conoce demasiado bien, pero por la que siente algo, y se sube con ella al tren pensando adónde ir a comer o a tomar una copa; como si el corazón se hubiera vuelto más bello al observar el comportamiento comedido de la otra persona, el estampado del fular que se ha puesto para ti, el dobladillo de su abrigo o su sonrisa, igual que si miraras un hermoso paisaje en lontananza, sin pensar para nada en si esa noche te acostarás con ella.

Cuando me disponía a marcharme, de pronto oí un quejido. Me di la vuelta y vi que dentro de la sala de aeróbic una de las mujeres se agarraba el pie. Pensé que sería un calambre y, al momento, Lagartija se acercó a ella y le tocó el pie. En medio de la penumbra de la sala, con la música todavía sonando, Lagartija frotó serenamente el pie de la mujer, como una médica. El intervalo durante el cual las estuve observando se me hizo eterno. Sentada y con los brazos extendidos, Lagartija parecía una bella escultura resplandeciendo en medio de la oscuridad.

Poco después, la mujer esbozó una sonrisa y Lagartija le devolvió otra con sus labios rojos.

Desde donde estaba, al otro lado del cristal, apenas me llegaban las voces o los sonidos, lo cual hacía la escena todavía más extraña. Cuando ella se incorporó de nuevo y, al estirar las piernas, me fijé en la pequeña lagartija tatuada en la ingle derecha, se consumó el flechazo. Ese fue el inicio de mi

curioso amor por Lagartija.

Es cierto que mi trabajo a veces resulta extenuante.

Si de veras se quiere ayudar al paciente, uno no puede ni compenetrarse ni simpatizar con él. Pero es duro evitar sintonizar con un paciente que está pidiendo a gritos empatía. Es tan difícil como intentar no prestar atención a un festín expuesto ante nuestros ojos cuando se tiene hambre.

Porque lo único que el paciente desea con toda su alma es compenetración. Volcar toda su energía en ese remiendo provisional.

Por poner un ejemplo, uno debe adoptar la mentalidad de un camarero profesional. Aunque le entre hambre, el camarero no tiene más remedio que aguantarse mientras lleva la comida. Apartar la mirada.

Procuro no desviarme jamás de mi objetivo. Quieres curarlo, ¿verdad? ¿Quieres que mejore? Siempre hay que tener en mente estos principios. Hacerlo como sea, cueste lo que cueste. No dejarse enredar.

A veces uno acaba exhausto por la falta de cooperación de la persona a la que se pretende ayudar.

Sobre todo, cuando uno ya tiene suficientes quebraderos de cabeza.

Mientras almorzaba no dejé de pensar en cuál sería el secreto de Lagartija. ¿Se trataba acaso de que simplemente no quería casarse conmigo?

Siempre como en un restaurante de fideos *soba* que hay junto a un parque a cierta distancia de la clínica. Así evito encontrarme con pacientes. Al otro lado de la ventana, la vegetación despide su perfume y los rayos de sol inciden con sosiego sobre el parque. Hombres de negocios y jubilados toman el sol tranquilamente en los bancos. Observándolos descubro en sus figuras funcionales y bien organizadas la belleza de la forma humana. Ancianos y niños, mujeres y hombres: todos son bellos, cada uno a su manera. Gracias a ello recobro mi estado de ánimo previo y las ganas de aplicarme en el trabajo. Así de sencillo. Me pregunto si, bajo este mismo cielo, Lagartija trabaja pensando en lo mismo que yo.

La invité a cenar por primera vez aquella noche, después de esperar a que acabara su clase.

Hasta entonces no la había visto vestida con ropa de calle; en aquella ocasión llevaba un jersey negro y unos vaqueros normales y corrientes, pero daba la impresión de que escondiese algo. Era una mujer que, cuando se quitaba las mallas, no destacaba especialmente.

Al sonreír no se tapaba la boca con la mano, tenía pecas en los pómulos y llevaba demasiado maquillaje. Pero no era eso. Cuando Lagartija caminaba, había algo especial en su forma de andar.

Cada vez que la miraba me venía a la mente, no sé por qué, la palabra «misión». Sentía la gravedad que significaba tener que cargar con algo pesado y aceptarlo irremediabilmente. Ignoro cómo era posible que yo lo sintiera, pero aquello me atraía de ella. Cuando alguien así te sonríe mostrando las encías, tienes la sensación de que es una sonrisa de verdad, rica en matices. Uno descubre el «significado» de sonreír.

Comimos en un pequeño restaurante japonés. Sentados uno frente al otro y en silencio, sin más clientes. Nunca había estado tan nervioso. Lagartija era de pocas palabras, comía poco y apenas bebía alcohol.

—Se te da muy bien bailar, de verdad.

Nada más decir eso, Lagartija me contestó:

—Sí, pero voy a dejar el trabajo el mes que viene.

Yo, sorprendido, le pregunté:

—¿Por qué?

—Quiero dedicarme a otra cosa. —Sonrió.

—¿A qué? —dije yo—. Si no te molesta que te lo pregunte. Tienes mucho talento y me parece una pena.

—Claro que no me molesta. Voy a ir a una escuela de acupuntura y moxibustión —contestó Lagartija.

—¿Ah, sí? —Me sorprendí todavía más—. ¿Y por qué?

—Me he dado cuenta de que se me da mejor que bailar. Con mirar a alguien sé qué problema tiene. A veces consigo curarlo tocándolo. Quiero

desarrollar esa capacidad.

—Así que también tienes esa aptitud.

—Sí, la tengo —soltó como si nada mientras nos tomábamos el helado del postre—. He comprendido que no lograré realizarme si, en vez de seguir expresándome hacia fuera usando el cuerpo, no expulso lo que llevo dentro. Hasta ahora había guardado el equilibrio gracias al ejercicio intenso, pero ahora necesito buscar otro método. Además, ya tengo treinta y tres años.

—¿Cómo? ¿Treinta y tres?

Estaba convencido de que tendría unos veinticinco.

—Sí, seguramente soy mayor que tú.

Lagartija sonrió.

Al despedirnos en la estación, me dijo:

—Gracias por haberme invitado. No tengo amigos. Apenas me hablo con mis padres. Hacía tanto tiempo que no le hablaba de mí a otra persona que me parece que me he explayado demasiado.

La oscuridad de la noche, transeúntes en la calle. La brisa nocturna, los ventanales de los diferentes edificios. El ruido del tren. El pitido de partida como un eco distante. El gesto límpido de Lagartija con sus ojos almendrados.

—Queda otra vez conmigo —le dije agarrándola de la mano.

«Necesito tocarla como sea, voy a enloquecer, no puedo soportarlo más, si consigo tocarle la mano, haré lo que me pidas, Dios mío», pensé.

Lo pensé y lo hice. Fue algo totalmente espontáneo. Recordé que el amor era eso. En realidad funcionaba así. No se trata de dos personas que más o menos congenian, conciertan una cita, se hace de noche, comen, beben, se preguntan qué hacer y los dos trazan planes tácitos: «Tal día me va bien»; en realidad simplemente quieres tocarla, besarla, abrazarla, no puedes resistir acercarte al menos un poco más, aunque sea unilateralmente, tienes tantas ganas de hacerlo que se te saltan las lágrimas, tiene que ser ya, con esa persona, no vale ninguna otra. Eso es enamorarse, recordé.

—Sí, otro día —me dijo, y me dio su número de teléfono.

Se marchó subiendo las escaleras de la estación sin mirar atrás. Su figura de espaldas desapareció entre la multitud. Se fue a su casa.

Sentí un vacío absoluto, como si fuera el fin del mundo.

Lagartija se matriculó en una escuela y se sacó el título.

Un maestro de *qi gong* que reconoció su talento durante el curso la aceptó como discípula, y, al cabo de medio año de estancia académica en China, regresó a Japón y abrió una pequeña consulta. Gracias a su buen hacer, prosperó e incluso contrató personal.

A su consulta acudían a diario pacientes de todo el país. Había muchas personas con dolencias graves. Habían oído hablar de ella e iban a verla como agarrándose a un clavo ardiendo. Por muy atareada que estuviera, su poder curativo no se veía afectado. Solo que cada vez se estaba volviendo más callada. La consulta, a la cual solo fui en una ocasión por curiosidad, se hallaba en un bloque de viviendas, había una sola camilla y los enfermos esperaban durante largo rato en silencio haciendo cola. Era un local tan soso que casi parecía un negocio clandestino. Lagartija iba de aquí para allá tranquilamente, vestida con una bata blanca. Era una sensación rara. No dirigía palabras afectuosas a la gente, ni resultaba particularmente simpática. Por eso, cuando los síntomas eran leves y no apremiaban, la gente dejaba de acudir. Sin embargo, los enfermos graves que, desahuciados, habían ido a parar allí y se habían librado del dolor, el sufrimiento y la angustia miraban a Lagartija con lágrimas en los ojos al salir de la consulta. Cuando alguien que era incapaz de ponerse en pie salía caminando de la sala de terapia apoyándose en Lagartija, los acompañantes daban gritos de asombro. Ella esbozaba apenas una sonrisa y enseguida pasaba al siguiente paciente.

Lo daba absolutamente todo. Quería curar. Nada más. Tenía verdadero talento y no le importaban ni el reconocimiento ni sentirse apreciada. Me conmovía y hacía que me sintiera orgulloso de ella. Al mismo tiempo me avergonzaba un poco de mí mismo, quería ser como ella.

Aquella tarde esperaba a Lagartija en mi piso.

—Iré a las ocho, ¿vale? —me dijo por teléfono—. Pide una pizza. Que sea picante.

A Lagartija le gustaban las pizzas a domicilio. No tenía ganas de salir a comer fuera. Decía que no era que odiase a la gente, pero no le apetecía ver a nadie. La entendía. Cuando en tu trabajo tratas con gente, acabas agotado. Normalmente pasábamos el rato en el piso, apagábamos casi todas las luces y apenas hablábamos. La mayoría de las veces nos quedábamos embobados escuchando música. Si nos íbamos de viaje, solíamos ir a una montaña apartada donde no hubiera gente. Era una relación extraña.

Pasaban de las ocho y media y Lagartija no había llegado.

Empecé a comer pizza yo solo, me tomé una cerveza y pensé: «Quizá ya no venga...». Tiene un secreto, le he propuesto que nos casemos y no puede contármelo. Me dije que, sabiendo cómo era ella, si quisiera romper conmigo y acabar con todo, le bastaría con no aparecer esa noche.

La intensidad de lo que había sentido al conocerla ya había desaparecido, pero aun así me entristecí. Quería que siguiera a mi lado. Dada su naturaleza, la relación no me ofrecía alegría ni consuelo, y a menudo me fijaba en las joviales enfermeras que había en la clínica, pero nadie podía reemplazar a Lagartija.

Pasadas las once, y hallándome ebrio y desesperado, la puerta se abrió de golpe y entró ella.

—Llego tarde —dijo, y en el cabello que apoyó contra mi hombro sentí el olor de la brisa exterior.

—Pensé que no venías —comenté. Si hubiera sido un niño, me habría puesto a hacer pucheros.

—Me he perdido —dijo Lagartija. Se sentó en una silla y empezó a engullir la pizza fría.

—¿Te la caliente?

—No, está bien así —contestó—. Eres el único con el que puedo hablar.

—Lo sé. Pero me imagino que con los pacientes te comunicarás como mínimo algo, ¿no? No es una enfermedad —dije yo.

—Pero hay algo que no te he contado. Algo importante.

—Pues adelante —le dije.

Lagartija se quedó callada. Miró fijamente a la pared y respiró hondo. Su silueta parecía una sombra chinesca. Una criatura de una especie distinta a la mía que vive a gusto en la oscuridad.

—Te conté que hubo una época en la que me quedé ciega, ¿verdad? —dijo Lagartija.

Le contesté que ya me imaginaba que sería algo relacionado con eso.

—A los cinco años, un loco entró de repente en nuestra casa, así, de golpe, por la puerta de atrás, ¿sabes?, chillando no sé qué; apuñaló a mi madre en el muslo con un cuchillo de la cocina y escapó. Yo llamé a mi padre al trabajo, me dijo que esperara, que enseguida llamaba a una ambulancia, y mientras la ambulancia no llegaba, permanecí al lado de mi madre, que se estaba muriendo. Yo sabía que se iba a morir, tenía mucho miedo, tapé desesperada la herida con las manos para intentar cortar la hemorragia. En ese instante supe que tenía poderes curativos. La hemorragia no paró, ni desapareció la herida como en el cine o en los cómics, pero sentí cómo mis manos brillaban y reaccionaban. Noté que la cantidad de sangre que manaba iba disminuyendo. La ambulancia llegó rápido y nos llevaron al hospital a mi madre y a mí, las dos manchadas de sangre. Tenía tanto miedo que no podía hablar, me quedé paralizada. Mi padre vino corriendo, apareció la policía, pero fui incapaz de abrir la boca. El médico dijo que mi madre, milagrosamente, había perdido poca sangre y se había salvado. Que había sido una suerte, porque la hemorragia no se había detenido del todo.

Yo la escuchaba en silencio. Me acordé de que la madre de Lagartija cojeaba un poco al andar y, cuando se levantaba, movía la pierna derecha como si le pesara.

—Debido a la conmoción, mi madre padeció un trastorno durante cierto tiempo, yo me quedé ciega, mi padre se obsesionó de un modo enfermizo con cerrar bien las puertas y la situación en mi casa era un desastre. Un buen día, de repente, empecé a ver de nuevo, mi madre logró volver a caminar sola por el barrio y mi padre pudo salir de casa tranquilo sin tener que cerrar todas y cada una de las siete cerraduras que había instalado. Pasaron varios años así hasta que cada cosa volvió a su cauce. Fue una época negra. Con todo, durante ese tiempo descubrí un secreto de la vida. Lo descubrí yo misma. Entonces mi

madre era el universo al que dirigía mi mirada. A veces se peleaba con mi padre y lloraba, pero conmigo se comportaba siempre como una madre y eso me daba estabilidad. Aquel día, sin embargo, vi de golpe cómo mi madre lloraba, gritaba, daba vueltas sin saber cómo escapar, se tumbaba sangrando y poco a poco se iba convirtiendo en un «objeto». Descubrí que el cuerpo es un mero recipiente desde el momento en que el alma deja de mirarte. Y me di cuenta de que, por ese motivo, los cuerpos también se pueden curar, como cuando se pone a punto un coche. Incluso en la calle, observando con atención, veo de color negro a la gente que está a punto de morir. Si están mal del hígado, la zona del hígado se pone negra. Si tienen los hombros agarrotados, veo los hombros grises. Soy capaz de percibir esas cosas. Me refugié en el baile para no acabar loca con todo lo que veía, pero al fin he encontrado el equilibrio. Desde que te conozco. Desde que me siento plena. Y gracias a ello he encontrado mi verdadera vocación.

—Es una historia bonita. No tiene nada de malo —dije yo.

—Todavía hay más, algo muy importante —añadió Lagartija—. Algo que no les he contado a mis padres.

Entonces volvió a guardar silencio. Se calló durante un buen rato. Entretanto, se comió otro trozo frío de pizza y me fijé en que, para mi sorpresa, estaba llorando. Me impactó porque era la primera vez que la veía con lágrimas en los ojos. Entendí que se trataba de un asunto bastante delicado.

—Por cierto, ¿y el agresor? ¿Lo encontraron y lo arrestaron? —le pregunté.

Lagartija me miró, aturdida. Siento escalofríos al pensar qué habría pasado si no le hubiera hecho esa pregunta justo en ese momento. Pero lo hice. Porque la quería y no podía perderla. Seguro que esa fue la razón.

—Lo atraparon, le hicieron un examen psiquiátrico y enseguida lo soltaron —dijo Lagartija con voz llorosa—. Yo... lo maté.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Con tus propias manos?

—No... Lo maldije y lo maté. ¿No me crees? Pues es cierto. Lo maté con una maldición.

—No sabía que algo así fuera posible —dije yo. Nunca había visto a

Lagartija hablar tanto y con tal excitación—. ¿Cómo lo hiciste?

—Simplemente recé todos los días sin excepción para que muriera atropellado. Todos los días, sobre todo, cada vez que en mi casa pasaba algo malo o triste. Una tarde, al segundo año, estaba sentada a la luz del atardecer y de pronto supe que mis ruegos habían sido escuchados. Tuve la certeza. Pensé que sí, que mi deseo iba a cumplirse. También iba a recuperar la vista. Ese individuo iba a morir. Una semana más tarde lo oí por casualidad en las noticias. Dijeron que, en un arrebato, él mismo se había tirado bajo las ruedas de un camión. Supe que había sido yo. «Se lo merecía», pensé. Pero con el paso del tiempo, al crecer, comprendí el significado de lo que había hecho. La carga es cada vez más pesada: por muchas personas que cure, he matado a alguien y eso nunca va a cambiar. Me he dado cuenta de ello, sobre todo desde que te conozco. Cuando odio a alguien puedo llegar a matarlo. Me creí superior. Me reí de haberlo hecho. Eso forma parte de mí. Pero no es una historia de ficción, ni una de esas series ambientadas en el periodo Edo sobre venganzas entre samuráis en las que siempre gana el bien. Ha ocurrido en el pacífico Japón de hoy en día, acabé con la vida de una persona que no tenía intención de morir. Pagaré por lo que he hecho, está claro que un día se volverá contra mí. Cuando ocurrió, sentía tanto rencor que me daba igual. Pero el tiempo... No sabía que el tiempo pudiera ser tan poderoso. Mis padres empezaron a llevarse bien, yo recuperé la vista y conseguí un trabajo, te conocí... En su momento jamás hubiera creído que fuera a vivir una época semejante. La situación en mi casa, con las ventanas cerradas y todos mostrando su lado oscuro, era tan espantosa que no le veía fin. No me dio miedo echar esa maldición porque pensaba que no tenía nada que perder. Me daba igual que se volviera contra mí. Pero ahora... Ahora, pese a que todo ha cambiado, sigo teniendo miedo. El hombre se me aparece en sueños. «Yo no maté a nadie y tú sí me mataste...», me dice. Tiene razón. Me da miedo.

Lagartija seguía con su confesión hablando con voz ronca y llorosa.

Habría resultado sencillo decirle que la muerte de ese hombre había sido una casualidad, que ella no tenía la culpa. Pero mientras no se sacara de la cabeza aquella maldición, para ella seguiría siendo real. Yo lo sabía muy bien. Había visto a niños que se habían quitado la vida presos de alguna obsesión.

Niños que se habían ahorcado porque la planta que habían prometido cuidar se había marchitado, niños que se habían cortado las venas porque se habían olvidado de rezar a determinada hora.

Pensé en todo lo que Lagartija debía de haber tenido que luchar. Cuantas más buenas acciones hacía, cuanto más desarrollaba su talento, mayor era la carga que soportaba. Un peso inconsciente, exclusivamente suyo, que no podía aliviar compartiéndolo con nadie, igual que la menstruación, la libido o las necesidades corporales. Era una energía negra que no dejaba de expandirse, origen de todos los asesinatos y suicidios en esta sociedad.

Y, pese a comprenderlo, siempre me desesperaba no poder hacer nada. Igual que con los pacientes. Me sentía como una nenaza impotente con complejo de Edipo. Cuando me pasaba eso, me convertía en un inútil.

Era probablemente la primera vez que Lagartija hablaba tanto.

—Vamos a dar una vuelta —propuse.

Lagartija frunció el ceño.

—Tranquila, no te llevaré a ningún sitio al que no quieras ir. Es que me cuesta hablar estando en casa.

—No estarás pensando en llevarme a tu clínica para enseñarme a otro paciente peor que yo y decirme que me anime..., ¿verdad? —dijo Lagartija riéndose, y se puso su fino abrigo.

—Buena propuesta —bromeé, y me levanté.

Me gustaba verla ponerse el abrigo. Su cuello, cuando se agachaba para calzarse. Cómo volvía los ojos al mirarse en el espejo. Distintos aspectos de ella en distintas situaciones. Las células que se morían. Las que no dejaban de formarse. La redondez de sus pómulos, la lúnula blanca de sus uñas. La notaba viva, rebotante de agua fluyendo en una corriente. Veía mi reflejo vivo en cada uno de sus gestos.

El olor de principios de verano inundaba la ciudad.

Un olor a hierba, agradable, lleno de energía, casi sofocante.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lagartija.

—Hace tanto tiempo que no salimos juntos.

—Es que siempre estamos ocupados.

En ese momento pensé de pronto que quizá lo nuestro se había terminado. No había nada que hacer. El camino que se extendía frente a nosotros estaba cortado. Éramos como plantas en vitrinas de cristal que, aunque se ayuden mutuamente, no pueden salvarse ni liberarse la una de la otra.

Lamernos las heridas en la oscuridad, arrimarnos y darnos calor como una pareja de ancianos, no había más.

Ese pensamiento comenzó a crecer dentro de mí, intentaba dominarme.

Pero, en ese preciso instante, Lagartija dijo algo. Con una precisión mágica que lo cambiaría todo. Con el rostro radiante y una nueva nota de alegría y de entusiasmo en la voz, propuso:

—Ya sé: ¿por qué no vamos al Narita-san?[1]

—¿Así de pronto?

—¿No te parece buena idea? Venga, pedimos permiso para entrar a trabajar mañana por la tarde. Debe de estar a una hora en taxi de aquí.

—Pero ¿cómo, así de pronto?

—Me apetece ir. Fui una vez hace mucho tiempo. Por la mañana quiero comprar *tsukemono* y *senbei*[2] y echar un vistazo a los puestos que hay en el camino que lleva al templo.

Lagartija me miraba con los ojos abiertos como platos.

Es importante sentir deseos..., diría desde un punto de vista clínico. Pero, sobre todo, siendo Lagartija como era, me sentía orgulloso de que me propusiera hacer algo precisamente a mí. Me sentí feliz.

—Claro que sí, vamos.

A donde quieras, cuando tú quieras.

Los dos solos.

Llegamos a Narita casi a la una de la madrugada, llamamos por teléfono a un hostel y, por suerte, conseguimos alojamiento.

Paseamos por la serpenteante cuesta que llevaba al templo, ya a oscuras.

Todos los edificios eran antiguos y olían a madera. Soplaban el viento y, al mirar hacia arriba, las estrellas titilaban en los intersticios entre edificación y edificación, dispuestas a ambos lados del angosto camino.

El viento soplaban con fuerza y hacía bailar el cabello de Lagartija en la oscuridad.

El portón del templo ya estaba cerrado; desde nuestro lado de la cerca se veían las variopintas sombras de las casetas de madera recogidas y los caracteres en sánscrito de los grandes y trémulos farolillos de papel.

La calle estaba desierta y el silencio absoluto provocaba cierta inquietud. «Parece una ciudad fantasma...», se rio Lagartija.

Apoyados contra la cerca, esperamos cinco minutos a que pasara alguien, pero no apareció nadie. En aquel caminito que olía a historia tan solo se sentía la presencia del viento soplando con ímpetu, como el paso de un tropel de gente.

En medio de la oscuridad, Lagartija, con sus dientes blancos y su camisa del mismo color, parecía sacada de un sueño.

—La verdad es que yo también guardo un secreto —le confesé yo—. No soy hijo de mi madre ni de mi padre.

Lagartija me escuchaba con todo su ser, sin decir nada, sin mirarme siquiera.

—Al principio, mi madre salía con el hermano pequeño de mi padre, pero él la dejó y ella se casó con mi actual padre. Mi tío se lo tomó a pecho y se volvió loco. Un día entró en nuestra casa, ató a los dos amenazándolos con un cuchillo, violó a mi madre delante de mi padre, se roció con queroseno delante de ellos y se suicidó prendiéndose fuego. Mis padres lograron salvarse de milagro, gracias a un vecino que acudió al oír el barullo y dio la voz de alarma. Pero, por desgracia, mi madre se quedó embarazada de mí.

—Creo que es bastante peor que lo mío —dijo Lagartija.

—¿A que sí...? Mi madre me tuvo porque así lo deseaba mi padre, pero luego no se encontraba bien, me dejaron en casa de unos familiares hasta que pude volver a vivir con ellos, y entonces, más o menos cuando tenía cinco años, mi madre se suicidó. Me dijo que lo sentía: fueron sus últimas palabras. Sigo recordándola como una persona muy buena.

—¿Y tu madre de ahora?

—Mi padre se casó con ella en segundas nupcias.

—Ya.

—Hay personas que ven cosas horrorosas y se mueren, y otras, como tu madre, que resisten; familias que levantan cabeza y familias que se echan a perder, hay de todo, no sé si depende de la naturaleza de lo ocurrido o de la personalidad de cada individuo. Pero son los niños quienes sufren las secuelas. Yo vi el cadáver de mi madre, fue espantoso. Sin embargo, al haber sobrevivido, y pese a las secuelas, puedo disfrutar de la buena comida y sentirme de buen humor los días de sol. Algo es algo.

—¿Fue por eso por lo que quisiste ser médico?

—Sí, en parte.

Me hice médico porque estaba familiarizado con la muerte. De pequeño me dejó una fuerte impronta y despertó mi interés. Su olor se me quedó impregnado. No podía deshacerme de él.

Me impactó bastante enterarme de que los dos ocultábamos algo. Entendí por qué sentíamos que estábamos destinados el uno para el otro.

—Pero no pasa nada. Las cosas malas no tienen límite. Deberíamos mudarnos a algún lugar con mucho verde. Tenemos que pensar que al menos a los dos nos irá bien.

—¿Conoces un relato que se llama «Viernes breve»? —me preguntó Lagartija.

—No.

—Trata de la muerte de un matrimonio modesto. Cómo me gustaría morir así. Dos personas profundamente creyentes se acuestan juntas después de un día de plena felicidad, pero al cocer el pan para el día siguiente se dejan, por equivocación, el gas abierto, que se expande desde la cocina por toda la casa y, cuando se dan cuenta, ya es demasiado tarde; sin embargo, los dos lo aceptan y mueren en cierto modo felices.

—Lo leeré.

—Sería genial. No quiero ver morir a nadie. Cómo me gustaría que mi muerte fuera así.

—Dejemos de una vez todo esto de lado. Le hemos dados muchas,

muchísimas vueltas y, encima, nuestra profesión gira en torno a ello. Todavía podemos hacer muchas cosas. Vayamos poco a poco. Tratemos de ser positivos. Busquemos nuevas salidas. Si no, no podremos decir que estamos vivos. Aunque ahora no nos encontremos en nuestro mejor momento.

Lagartija asintió con un pequeño gesto pese al debate interno al que se enfrentaba. «Lo he conseguido», pensó.

A su lado era como un eterno quinceañero con ganas de presumir frente a los otros chicos de tener una novia como ella.

Cuando llegamos al viejo hostel, nos acostamos rendidos.

Lagartija, como de costumbre, hundió su nariz en mi pecho e intentó dormir. Yo también tenía sueño: sentí cómo se me cerraban los párpados.

Ella farfulló algo y, como no la entendí, le pregunté qué decía.

—Que ojalá hubiera una persona responsable del funcionamiento del mundo, como un dios que velara por nosotros cuando algo es inadmisibile o alguien ha aguantado más de la cuenta. Pero no existe. Si existiera, pararía todas esas cosas. Pero no lo hace. Tenemos que hacerlo nosotros mismos. No queda más remedio que mentalizarse de que, por muchas cosas horrosas que hayamos visto, todo puede ocurrir. ¿Cuántas personas tristes habrá esta noche? Gente que ha perdido a seres queridos, gente que va a morirse. Gente traicionada, asesinada. Ahora, en este momento. El mundo es muy grande. Ojalá pudiéramos poner fin a todo esto. Ojalá disminuyera el dolor aunque solo fuera un poco. Y que hubiera menos personas a las que, como a nosotros, les resulta amargo vivir.

La lúgubre plegaria resonó en la húmeda y oscura habitación como una triste poesía. Medio dormido, pensé: «Pero mañana el camino oscuro que lleva al templo se animará y se llenará de gente, todos los puestos estarán abiertos, así como las puertas del templo, y tendrá un aspecto totalmente diferente. Va a cambiar, da igual cómo. Nos lo pasaremos bien. Disfrutaremos del olor de la anguila a la parrilla y de las *senbei*, compraremos medicina china, visitaremos el templo y nos haremos con un amuleto para colgarlo en

nuestro nuevo hogar. Observaremos el trajín de la gente. El renacer de la calle que esta noche está desierta».

Tenía tanto sueño que no fui capaz de formularlo en voz alta. Se lo diría al día siguiente.

¿En qué consiste morir?

En perderla, que no pueda volver a decirme nada más. La fuente de energía que aprieta con fuerza la nariz contra mi piel. El recipiente de su voluntad. En que todo eso desaparezca.

Las células en el pelo sedoso de Lagartija. Las pestañas caídas sobre sus mejillas. Las pequeñas heridas en los dedos cuando se hace la manicura. Y las vueltas que da el alma y lo ponen todo en funcionamiento.

Todas esas cosas, tanto de las que quiero hablar como las que prefiero callarme.

Si seguimos vivos.

Se lo diré mañana.

—Buenas noches.

Abrí los ojos un poco sorprendido, creyendo que ya había conciliado el sueño. La miré: tenía los ojos cerrados, como a punto de quedarse profundamente dormida en cualquier momento.

—Buenas noches —le dije, y Lagartija masculló algo sin abrir los ojos.

—Si me muero, ¿iré al infierno?

—Seguro que no—contesté.

—Qué más da —dijo Lagartija—. En el infierno tendré más pacientes.

Y empezó a respirar en sueños. Dormía con cara de niña adormilada.

Yo me quedé mirándola y lloré un rato por nuestras infancias.

La espiral

Ese día tenía una resaca tremenda y por la tarde no rendí lo esperado en el trabajo.

Vivo de escribir. Y ese día me habían encargado un trabajo urgente que consistía en redactar el texto para un libro de fotos, pero me dolía la cabeza, era incapaz de entrar en el universo de aquel fotógrafo con sus mares encrespados.

Los encargos como ese, en los que se colabora con otra persona, son una experiencia extraña. Sobre todo cuando trabajas con gente que hace lo que le gusta. Siempre tengo la sensación de estar fisgoneando en el interior de su cabeza. Tiendo a pensar que existe una especie de compromiso previo con esa persona. Un compromiso que arranca de muy atrás.

El caso es que ese día me lo pasé tumbado en la cama, mirando el cielo diáfano de otoño. Al ver aquella nitidez sin límites, no sé por qué, me sentía en cierta manera traicionado.

Se oía el insoportable chirrido del violín con el que practicaba el hijo de los vecinos. El timbre del instrumento lo impregnaba todo, extendiéndose por el cielo azul que se proyectaba en mi corazón. Cuanto peor sonaba, cuanto más torpe resultaba, mejor encajaba con el azul lozano que veía pese a tener los ojos cerrados.

Mientras escuchaba sin abrir los ojos recordé, solapadas sobre la imagen del cielo azul, las pestañas de una chica a la que conocía bien. Cada vez que se trababa al hablar decía: «O sea...», o «Esto...», y cerraba los ojos. Al hacerlo se distinguían de pronto con gran claridad las pestañas que orlaban sus blancos párpados, y entonces yo experimentaba la peculiar sensación de conocer todos los rasgos de su personalidad, en la que se entremezclaban nerviosismo y un gran corazón.

En esos momentos, siempre me entraba el pánico.

Sentía que mi corazón estaba a punto de detenerse. Porque nunca se había dado el caso de conocer a alguien y de que me hubiese ido bien.

Además, no sé por qué, lo que me generaba más miedo era que ella se quedara durante un rato así, con los ojos cerrados.

El miedo me atenazaba hasta que por fin —realmente ocurría en un tris—, ella abría los ojos de par en par, su personalidad cambiaba y, demostrando decisión, soltaba: «Qué bonito es entender», o algo por el estilo. Yo pensaba entonces que era simplona, pero no la odiaba por ello. Valoraba esa simplicidad como una forma de virtud, algo de lo que yo carecía.

Esa noche había quedado con ella, pero me daba un poco de pereza. Y es que últimamente siempre parecía querer decirme algo.

Me había dicho: «A las nueve, en el local de siempre», pero el local cerraba a las ocho, lo cual me daba, cuando menos, que pensar.

La llamé para cancelar el plan, pero solo me respondía la dulce voz del contestador automático. Yo no tenía ni la más mínima idea de dónde se metía ni qué hacía últimamente cuando no iba al trabajo.

Como no me quedaba otro remedio, decidí salir.

Las calles estaban oscuras y desiertas. El viento otoñal interpretaba el papel principal. Por más esquinas que doblara, me encontraba en todas partes con la misma y triste noche iluminada por la luna. El tiempo se había estancado de un modo extraño en medio del aire diáfano. La fresca brisa arrastraba consigo pensamientos que no iban a ninguna parte. Se remansaban entre los edificios creando densas tinieblas.

El local estaba cerrado, como era de esperar. Ella no se encontraba allí. Era un bazar con artículos de importación, y la parte de delante, cubierta con una cristalera, funcionaba como cafetería.

Me gustan las cosas cuyas fronteras confluyen. El día y la noche, las salsas en los platos, los artículos variados que inundaban la cafetería. Debe de ser una influencia de mi amor por ella. Ella se parecía a la luna al atardecer. Esa luna blanca que en la gradación de sus pálidas tonalidades azuladas parece a punto de desvanecerse.

Me acerqué y eché un vistazo a las escaleras que subían a la entrada del comercio, pero no estaba.

Sin embargo, oí cómo su voz me llamaba por mi nombre. Fue un eco extraño, un tanto mortecino. Como si, estando yo en tierra, me llamase desde las nubes del paraíso.

Al mirar hacia arriba descubrí que me reclamaba, a través de la cristalera, desde el interior oscuro y vacío del local, con el fondo desdibujado de las mesas y las sillas blancas.

Me sonrió, me hizo señas con la mano y me abrió la pesada puerta de cristal desde el interior.

—¿Cómo has entrado? —le pregunté.

—Le pedí al dueño que me prestara la llave —contestó ella.

Al entrar vi cómo en la oscuridad se alineaban objetos como en un museo, el eco de las voces y de los pasos sonaba demasiado fuerte y no parecía el mismo local en el que quedábamos siempre. Tomamos asiento en una mesa, el uno frente al otro, como los espectros de quienes frecuentaban el local de día.

Ella sacó un zumo de la nevera de la cafetería y lo sirvió en dos vasos que estaban colocados boca abajo en el fregadero.

—¿Puedes tomarte estas libertades? —le pregunté.

—Claro que sí, me ha dado permiso —contestó al otro lado de la barra.

—¿No se puede encender la luz? —Me sentía incómodo con tanta oscuridad.

—No; si no, querrán entrar otros clientes.

—Entonces, ¿vamos a quedarnos a oscuras?

—¿A que es divertido? —comentó, y trajo una bandeja con los vasos de zumo como si fuera una camarera.

—¿No hay cerveza?

—¿No tienes resaca?

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sorprendido—. ¿Te lo he dicho?

—Me dejaste un mensaje en el contestador.

Ella se rio entre dientes y yo suspiré aliviado.

—Ya es de noche, se me ha pasado.

—Ah, bueno —dijo, fue hasta la nevera y me trajo una cerveza.

Algo no acababa de encajar. Ella estaba más risueña de lo habitual, sus pasos resonaban como si se alejaran. Tuve un mal presentimiento.

Además, no me sentía cómodo tomándome la cerveza así, a oscuras. Tenía ese brillo frío y dorado, era como beber en el Polo Norte. Se me subió enseguida, por culpa del alcohol que me quedaba en el organismo y de esa penumbra lunar.

—¿Sabes qué? A partir de la semana que viene voy a hacer un cursillo — me anunció.

—¿Por qué? —pregunté.

—Es que tengo una amiga con un montón de problemas, ¿sabes?, fue ella quien lo encontró y, como el cursillo es un poco radical, me ha pedido que la acompañe.

—¿Radical?

—Al parecer, te lava la mente por completo. No es el típico curso de desarrollo personal o meditación, con esto haces borrón y cuenta nueva. Luego empiezas de cero. Es posible que olvidemos cosas, pero eso es porque son cosas que no necesitamos. ¿No te parece interesante?

—Pues no. ¿Quién decide si las cosas son importantes o no?

—He ahí el reto, creo yo. Resulta que puedes llegar a olvidar por completo cosas de las que estabas convencida que eran importantes.

—¿Te refieres a cosas a las que estás apegada?

—No necesariamente. Mi amiga dice que va a ir porque, con el estrés del divorcio, le ha dado una crisis nerviosa y quiere olvidar, pero yo creo que no va a conseguirlo.

—No se te ocurra ir —dije yo.

—Pero es que me he ofrecido y le prometí que no la dejaría ir sola — comentó ella—. Además, me pica la curiosidad. Si no lo pruebo, no sabré si está bien o no.

—Esas cosas no pueden ser buenas. ¿Te parece bien olvidarte de todo?

—¿Acaso no puedo olvidar cosas? ¿Ni siquiera las malas?

—Eso deberías decidirlo por ti misma.

—No pasará nada, me refiero a que... —Cerró los ojos y buscó las palabras. Luego volvió a abrirlos y dijo—: En serio, te prometo que no me olvidaré de ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé, no va a pasar nada.

Lo dijo con una sonrisa, pero yo sabía perfectamente que, en el fondo de su corazón, su otro yo estaba intranquilo. Me parecía estar oyéndola: «Quiero olvidar a mi yo que quiere olvidarlo todo de ti».

Aquello era tan doloroso que dejé de intentar convencerla.

—Puede que te olvides de todo lo que hemos vivido hasta ahora. —
Sonreí.

—¿Olvidarme de mil años?

Ella también sonrió. Cuando decía esas cosas, por un momento me las creía por el tono alegre y profundo. «¿Ya llevamos mil años juntos?», estuve a punto de decirle.

—¿Te olvidarás incluso de cuando nos fuimos de viaje por primera vez?

—Debíamos de tener unos diecinueve años más o menos.

—Sí, paramos en un *ryokan*^[3] y la dueña, que era un poco bruja, te dijo: «Qué esposa tan jovencita tiene usted».

—Y eso que casi tenemos la misma edad.

—Tú parecías mayor... El dormitorio era demasiado grande y el techo oscuro me daba miedo.

—Pero cuando salimos al jardín en plena noche el cielo estaba todo estrellado.

—Era verano y olía a hierba.

—Tú llevabas el pelo corto.

—Luego nos acostamos juntos en el futón y dormimos.

—Sí.

—No pude meterme sola en las aguas termales porque me contaste una historia de miedo.

—Fuimos juntos.

—Nos abrazamos en el estanque al aire libre.

—Sí, era como estar en la jungla.

—Las estrellas eran preciosas... Cuántos recuerdos, ¿eh?

—¿No crees que a lo mejor es como morirse?

—¿El qué?

—Olvidarlo todo.

—¡No digas esas cosas, que me pongo triste!

—Quizá sea como eso que hacían en *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

—¿La lobotomía? No creo. —Cerró los ojos—. Pero seguro que me olvidaré de cosas innecesarias.

—¿De mí?

—... No, hombre, aunque no sé qué es lo que no necesito.

—... ¿Salimos? Aquí hay demasiado silencio y me lo tomo todo en serio.

—Cuando el ambiente se traga las voces, todo lo que uno dice suena como si fuera importantísimo, ¿a que sí? Oye, ¿puedo echar un vistazo a los objetos?

Dimos una vuelta por el local. Había unos cuantos artículos extranjeros expuestos discretamente en algunas baldas. El valor de los vasos amontonados, brillantes como prismas, parecía muy distinto al que tenían de día.

Salimos del comercio, cerramos con llave como cuando nos íbamos de mi piso y, ya en la calle, nos alcanzó una ráfaga de aire nocturno; de improviso, sentí cómo el tiempo también se ponía en movimiento.

—Vamos a tomar algo más a otro lado.

—Genial.

De repente me sentí más liviano.

—Estoy segura de que te veré en todas las cosas y me acordaré de ti —me dijo ella, de súbito, mientras caminábamos—. Aun en el caso de que me olvide.

—¿Qué quieres decir con «en todas las cosas»?

—Con todo lo que hemos visto y comido juntos, tu sombra se proyectará en cualquier escena. En los recién nacidos con los que me cruce. En esos motivos decorativos del plato que se transparentan debajo de las lonchas finas de pez globo. En los fuegos de artificio en verano. Cuando, al atardecer, en el mar, la luna se esconda detrás de las nubes. Cuando alguien me dé con el pie debajo de la mesa y me pida perdón o alguien tenga la amabilidad de recoger algo que se me ha caído y le dé las gracias. Cuando vea a un anciano en el

ocaso de su vida que camina tambaleándose. En los perros y los gatos de la calle. En paisajes vistos desde lugares altos. Cuando me baje en la estación de metro y note en la cara esa ráfaga de aire caliente. Cuando el tren traquetee a medianoche. Cuando me enamore de otra persona, en el arco de sus cejas.

—O sea, ¿en todo lo habido y por haber?

—Hm...

Volvió a cerrar los ojos y, con las pupilas como de cristal vueltas hacia mí, me dijo:

—No, en imágenes grabadas en mi interior.

—Ah, ¿en eso consiste tu amor? —dije un poco sorprendido.

Fue entonces cuando sucedió.

Por un instante no supe qué ocurría.

Sentí un pequeño desajuste entre la luz y el sonido, exactamente como cuando cae un rayo. La parte superior del edificio que se veía en la esquina de enfrente se iluminó, una llamarada de fuego saltó de súbito y, con un ruido sordo, fragmentos de cristal cayeron en la oscuridad a cámara lenta.

Varios segundos después, las calles se llenaron de gente que acudía en masa desde todos los rincones del barrio dormido mientras, a lo lejos, se acercaban las sirenas de los coches patrulla y el camión de bomberos.

—¡Ha sido una explosión! —exclamé excitado.

—¡Solo la hemos visto nosotros!... ¿Habrá heridos?

—No. El edificio estaba a oscuras y no había ningún transeúnte. Debe de haber sido una gamberrada.

—Si es así, mejor... Me ha parecido bonito. Está mal que lo diga, pero ha sido como ver unos fuegos artificiales.

—Ha sido una pasada.

—¡La verdad es que sí!

Ella todavía contemplaba el cielo.

Yo reflexioné mientras miraba su perfil:

«Mi amor es un poco distinto al tuyo.

»Por ejemplo, cuando tú cierras los ojos, en ese preciso instante, el núcleo del universo se concentra en ti.

»Entonces tu figura se vuelve infinitamente pequeña y surge un paisaje inagotable a tus espaldas. Se expande a toda velocidad en torno a ti. Incluye todo mi pasado, lo que había antes de haber nacido, todo lo que he escrito, lo que he contemplado hasta el día de hoy, las constelaciones e incluso el negro espacio cósmico desde el cual se divisa a lo lejos el azul de la Tierra.

»¡Maravilloso, maravilloso! Me vuelvo loco de alegría...».

Y en el momento en que abres los ojos todo desaparece. «¿No podrías hacerme el favor de ponerte a discurrir otra vez?», pienso.

Nuestra forma de pensar es así de distinta, pero somos una pareja de tiempos pretéritos. El modelo amoroso de Adán y Eva. En todas las mujeres de parejas enamoradas suele darse, con variantes, ese gesto; en todos los hombres, esos momentos de intensa observación. Es una espiral que se prolonga hasta el infinito y en la que uno se refleja en el otro.

Como el ADN, como este gran universo.

Curiosamente, en ese instante, ella me miró, me sonrió y, a modo de respuesta, dijo:

—¡Qué bonito ha sido! Jamás lo olvidaré.

Soñando con *kimchi*

«Los casos de relaciones extramatrimoniales que concluyen en boda son prácticamente nulos. Solo aquellas personas que comprenden esto están cualificadas para disfrutar de un amor ilícito. Hagamos de ese amor, simplemente, un paso más para alcanzar el desarrollo personal.»

Artículos como este suelen aparecer en todas las revistas femeninas. Y es probable que sea cierto.

Yo también leía a menudo esta clase de artículos.

En realidad, cuando lo hacía, no pensaba nada al respecto.

En las raras ocasiones en que, contra toda costumbre, volvía por la noche temprano del trabajo a casa, primero cenaba algo ligero y, después de relajarme viendo la televisión, dándome un baño, escribiendo cartas pendientes o manteniendo largas conversaciones telefónicas, a veces hojeaba este tipo de revistas que compraba por la tarde, y solía encontrarme con semejantes artículos.

El piso en el que vivía sola era cálido, reconfortante y acogedor como un palacio; la decoración, elegida por mí hasta en el menor detalle, desde las toallas, la vajilla, hasta las zapatillas de andar por casa, era como mi *alter ego*; nada me perturbaba, todo lo relacionado con el trabajo quedaba lejos, como el murmullo de un paisaje distante, lo único que hacía era esperar las llamadas de mi novio, que tenían lugar a una hora fija cada noche (las esperaba sin pensar en nada en particular o demasiado cansada para ponerme a pensar).

Sí, era en esos momentos dulces y placenteros cuando solía encontrarme con aquellos artículos.

Incluían, además, diversos consejos de gente inteligente. También testimonios. Los casos eran variados, pero olían a sofoco, a inviabilidad y a

desesperación. Yo los leía ajena, como si no tuvieran ninguna relación conmigo; soltaba algún «¡Hum!», pasaba las páginas mientras masticaba alguna chuchería, los olvidaba rápidamente. Me pregunto cómo era capaz. Ahora, al recordar esa época, me parece la más oscura de mi vida.

Fue un gran amor. Lloré, grité, nos peleamos, le colgué el teléfono pensando que habíamos acabado definitivamente; incluso quedé con su mujer, y en el camino de vuelta a casa me sentí mal y chasquéé la lengua, pero más que cualquiera de esos momentos, me entristecía mucho al recordarme en la siguiente situación: el piso que tanto me gustaba y en el que vivía sola. Me ponía cómoda, con la televisión encendida de fondo. A solas, en el ambiente íntimo de la habitación y con todas las luces encendidas, leía con cara de indiferencia esos artículos sobre aventuras con personas casadas.

Me entran ganas de abrazar a la persona que era yo en aquella época. No sé por qué.

Pero nadie puede consolarla, ni su amante, ni sus padres, ni mucho menos la persona que soy ahora, que ha salido victoriosa. Es un tema delicado.

Me siento como un extraño que deambula por la calle y se asoma por la ventana a espiarla, y que cuando la ve al otro lado, sola en su cálido refugio, quiere decirle algo.

«Lo estás haciendo bien, pero en realidad ahora no tienes ganas de leer esas cosas, se te nota en la cara de amargura.»

Si existen los ángeles, ¿observarán a la gente del mismo modo?

Los recuerdos son energía y, si no se libera, se acumula en el cuerpo de una manera muy triste. El ángel se preocupa. Revolotea a mi alrededor mientras hojeo la revista tumbada, sacude desesperadamente mi cuerpo con sus manos invisibles, me grita con su voz inaudible:

«¡Estoy aquí! ¡No finjas que no me sientes!».

Yo me casé con él.

Sabía que acabaría pasando. No fue una corazonada, ni lo conquisté con ese propósito. Desde el momento en que lo conocí, pensé con toda naturalidad: «Aunque no sea para siempre, algún día esta persona y yo compartiremos nuestras vidas». No era un anhelo ni un sueño. Simplemente sentía que estábamos abocados a que eso ocurriese.

En realidad, no fue tan sencillo. Sufrí, me desgasté, me harté, hasta dejó de importarme. Sin embargo, si soy sincera, cada vez que surgía algún problema, pensaba: «¿Para qué sufrir tanto si el resultado está claro y es que nos va a ir bien?». Pero esa especie de desidia fue distanciándome cada vez más de nuestra vida en común.

Abandonándome a la desidia no conseguiría nada. En realidad, podía palpar físicamente lo que ya sabía, que habíamos venido al mundo para hacer aquello realidad.

Así que pasamos a formar parte de ese cinco por ciento de parejas que se casa tras empezar una relación extramatrimonial.

Pero ¿por qué saco ahora porcentajes si no me importa lo que hagan los demás?

Visto desde el presente, me doy cuenta de que durante esa época me dominaba una presión extraña e invisible.

Por ejemplo, cuando se queda en grupo para tomar un té y se paga a medias, uno evita pedir comida para sí.

Aunque a uno no le apetezca ir a un viaje de confraternización con la gente de la empresa, si no se va, la relación con los compañeros puede agriarse.

Por la noche, todos los taxistas buscan pasajeros que vayan lejos.

Cuando una mujer que vive sola se va de copas a tres locales, hay quien sobrentiende que es ligera de cascos.

Si almuerzo con un compañero de trabajo soltero, las chicas con las que suelo comer van a enfadarse.

Dado que todo está tan parcelado en esta sociedad, existe un montón de extrañas reglas que ejercen un poder absoluto en pequeños ámbitos. Antes de decir si la infidelidad es permisible o no, suele someterse a una generalización.

Decidí no tener en cuenta todo aquello, ignorarlo, intenté habitar siempre en mi propio espacio, pero las finas partículas de esas convenciones se propagaban por todas partes como ondas eléctricas y se infiltraban en mi cerebro cada vez que las palabras «me da igual» acudían a mi cabeza.

Ahora sé que, aunque vagamente, estaba luchando contra otra cosa.

Lo pienso y tengo la sensación de que luchaba contra él, contra su mujer y

contra mí misma... Pero había más cosas: la dificultad de ser una misma en los tiempos que corrían. Es como una sombra extendida similar a una telaraña que se te queda enganchada al andar, aunque te libres de ella, deja una sensación pegajosa; se mezcla con el aire de tal manera que resulta imposible ignorarla; muy alejada de la vitalidad o del brillo de la vida, puedo fingir que no la veo, pero mientras esté ahí, nunca podré despejar del todo el horizonte de mi campo visual.

Han transcurrido dos años desde la boda. El año pasado dejé el trabajo. Todavía no tenemos hijos. Vivimos en un piso que compramos entre los dos. Tenemos un gato.

«Te llamaré si veo que voy a llegar tarde», me dice por las mañanas. Luego apaga la televisión y sale de casa. El silencio invade de repente la vivienda. Como él no desayuna, suelo quedarme en la cama. Desde el dormitorio lo acompaño con la mirada, medio sonámbula y casi sin despedirme de él. Al oír que se cierra la puerta de la entrada me invade un ligero remordimiento. Por un instante me siento sola. Veo que los rayos de sol inciden en la mesa del comedor. Huele a café. El gato entra en la habitación. Salta a la cama y se coloca a mis pies hecho un ovillo. Mientras lo observo vuelve a entrarme sueño. Me digo que voy a dormir un rato más.

Al principio, cuando me despertaba, a veces me sentía fuera de lugar.

Abría los ojos y...

«¿Kyon?»

... llamaba a mi hermana.

Durante la segunda etapa de la infidelidad, me cansé de que él viniera a mi piso, colgara el abrigo en una percha, comiera, se tomara una cerveza, se acostara conmigo y por la mañana se marchase, quedando solo su ropa sucia, el pijama y su almohada, así que decidí traerme a mi hermana a vivir conmigo. Ella se alegró de poder mudarse a un piso más grande.

A esas alturas no me agradaba tener que andar yendo a hoteles, pero me pudo el deseo de ponerlo a prueba: si la relación se iba al traste por eso, que

se fuera. Además, pese a la incomodidad de la situación, entre él y yo no desaparecieron las fragantes expectativas de futuro.

Gracias a la convivencia con mi hermana, yo, que estaba delgada y un tanto deprimida, recuperé enseguida el ánimo. Durante esa época, ella fue para mí como un agradable edredón de plumas, como una bolsita de gel refrigerante en un día de calor, o como un guiso en un día de invierno. Creo que había tocado fondo sin darme cuenta.

Al levantarme por la mañana, mi hermana estaba en la cocina. Ponía el agua a hervir. Unas veces me regañaba, otras me mandaba limpiar la bañera. De camino a casa, a veces yo compraba chucherías para las dos y le contaba lo que había hecho aquel día. No me malinterpretaba. No buscaba dobles intenciones. Los fines de semana, por la noche, no me obligaba a tragarme el programa de la tele *Music Fair*.

A menudo pensaba que tener tantas ganas de llevar una vida normal como esa era una señal de que algo iba mal. Estaba claro que era mejor evitar las aventuras con hombres casados. Porque la otra persona ya tenía en otra parte eso, el calor de la cotidianidad.

Y cuando me despertaba, siempre oía a mi hermana caminando en la habitación del fondo. Yo todavía estaba medio dormida y medio soñando, así que mi corazón era dócil como el de un niño.

Ella no me hará daño.

Con ella me siento tranquila.

Puedo volver a dormirme sin miedo.

Cuando me despierte de nuevo no estaré sola, ella no se irá a ninguna parte.

Ella nos ama a su novio y a mí por igual, pero de diferente forma. Lo sé y no me hace daño. No se puede comparar con el amor que mi novio nos profesa a su mujer y a mí a partes iguales.

Pensaba en mi hermana en esos términos hasta que, de improviso, volvía a quedarme dormida. En la calidez del futón, sin preocuparme por nada.

Fue una buena época.

Así que cuando él se divorció oficialmente y, al poco tiempo, me propuso que nos casáramos, pensé: «¡Ah! Es cierto». Me alegré, pero me sentía a gusto

viviendo con mi hermana, y puede que sin ese periodo de convalecencia me hubiese hundido.

Claro que no iba a vivir con ella toda la vida.

Tenía que embarcarme en un conflicto nuevo.

Ahora bien, es imposible comportarse como si no pasara nada cuando te juntas con alguien después de que haya ocurrido algo.

Sin darme cuenta, me hallaba en un constante estado de «espera».

Estaba obligada a vivir en esa «espera» hasta que el cansancio y esa especie de mal sabor de boca desaparecieran... O eso intuía yo.

Por ejemplo, me llama por teléfono.

Son las siete y media y la cena está lista. Algo sencillo que habría podido servir también como desayuno. Él me dice: «Hoy llegaré un poco tarde. ¿Por qué no cenas en casa de Kyon?».

Es un hombre amable y considerado.

«Vale. Adiós.»

Cuelgo el teléfono y no ha pasado nada.

Pero al cabo de media hora noto que sucede algo. Es como una reacción química y, por lo tanto, no puedo hacer nada. Solo observar. Circula por mi cuerpo a través de la sangre y no tarda ni dos horas en apoderarse de mí. La «espera» inunda el aire de la vivienda.

Se ha formado sobre mí una fina membrana que me impide percibir todo lo que hay al otro lado: la pantalla del televisor, las llamadas telefónicas de mis amigos, la bañera, los libros.

Me invade toda clase de paranoias, como si se tratara de espectros.

«¡Qué bien vivías con tu hermana!», pienso. Siempre podía ser yo misma.

Sin embargo, luego me digo:

«He elegido esto en vez de vivir con mi hermana, no pienso echarme atrás».

Eso es indudable, pero no me sirve de consuelo.

«Así es la vida.»

Este conjuro mágico funciona mejor de lo esperado. Pruebo a pronunciarlo varias veces. Más o menos me quedo satisfecha. Cuando él regrese, no se lo contaré. Contárselo no va a solucionar nada.

Resulta duro vivir así un día tras otro.

—Deja que te diga una cosa: cuando un hombre te ha puesto los cuernos una vez, vuelve a hacerlo. Lo conozco perfectamente, él es así. Es débil.

Ese día pensé sin inmutarme que aquello, para ser una simple pulla, era bastante cruel y ponzoñosa.

¿No me afectó porque era fuerte y no tenía nada que perder?

«Un momento.»

Pensé.

«¿Y ahora qué tienes que perder? ¿A él?»

No, no debería haber nada susceptible de ser retenido en este torrente donde las almas que flotan en el vacío peregrinan de allá para acá. Nada ni nadie.

«Te equivocas.»

He esperado todos, absolutamente todos los días. Hace mucho tiempo que sé que existes. De todos modos, he seguido levantándome y esperando cada día.

Recibí un montón de cartas con mensajes de este tipo. Sabía que meterme en una relación así sería difícil, pero a veces me costaba de verdad.

Me resultaba fácil ponerme en la piel de ella, dado que amábamos al mismo hombre.

La última vez que vi a su mujer lo insultó con tanta dureza que, aunque entendía cómo se sentía, monté en cólera y le espeté:

—¡Pues olvídense de una vez por todas de él, señora!

¡Plas! Sin mediar palabra me arreó una bofetada.

Me dolió tanto que lloré.

Sin duda, el tacto de esa mano implantó la «espera» en mi cuerpo, que como un *alien* empezó a propagarse por las células de mi cuerpo. Absorbe mi

energía, hace decaer el nivel de los indicadores.

Pero creo que no tiene remedio. Cuando la persona B roba todos los sueños, los anhelos y el futuro de la persona A (eso es lo que A cree, yo no opino lo mismo, ninguna fuerza humana puede cambiar la corriente y dudo que permanecer así, sin separarse, le garantice un futuro feliz), si A vuelca en B todas las energías puestas en su futuro, y esas energías se transforman en algo negativo y golpean a B, es natural que provoque ciertos estragos en su vida.

En cierto modo pienso que me ha dejado marcada.

«La misma corriente que hizo que se enamorara de mí surgirá algún día entre otra persona y él.»

Esa preocupación que conlleva la vida de recién casada ha adquirido una tonalidad más oscura, y no soy capaz de soportar la presión. El día de mañana es una lánguida continuación del día de hoy, no me ilusiona pensar en lo que está por venir.

¿Será esto lo que antaño llamaban estar poseído por un «espíritu maligno»? La fuerza del pensamiento. La presión que se produce cuando una persona odia a otra.

Si algo así existe, entonces resulta inevitable. Quizá sea eso lo único que he hecho: cambiar la corriente. Modificar el guion. Toda la energía derivada de esa alteración se ha concentrado en mí. Si fuera contándolo por ahí, la gente me contestaría que no es más que cansancio por el nuevo tipo de vida: «¡Es que vivir en compañía no es tan fácil!». Y no les faltaría razón. Todo lo que me está ocurriendo forma parte de esa situación, es un aspecto dentro del conjunto. Lo cual incluye el hecho de que él todavía no se haya acostumbrado a esta vida, después de tantos años con su vida anterior, y el que en realidad me sienta responsable en un 0,00001 por ciento.

Algo ocurrió el día que sentí que ese cansancio había llegado a su punto crítico. Estaba un poco resfriada y me dolía la cabeza. Él me había dicho que no cenaría en casa, pero llegó relativamente temprano.

—Me han dado esto —dijo con una sonrisa en la cara, y sacó de su maletín

un recipiente que contenía algo indefinido de color anaranjado.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Es *kimchi*.^[4] —dijo él.

—¿Por qué te han dado *kimchi* en el trabajo? —pregunté al tiempo que lo cogía. El recipiente desprendía un apetecible olor a picante.

—¿No te lo dije? Hoy solo me he pasado un rato por la oficina y luego he ido a casa de End-o. Voy a encargarle un diseño. Su mujer me ha dado un poco de *kimchi* casero. Ella es coreana, seguro que está buenísimo.

Sabía que sería verdad. Si supiera contar mentiras tan enrevesadas, a esas alturas no se habría casado conmigo. Aunque quizá sí fuese una mentira. Tal vez se trataba de comida preparada, y si miraba el envoltorio de plástico encontraría la marca de una pegatina con la información del fabricante.

Naturalmente, no comprobé nada. No quería caer tan bajo. Pero en eso consistía la paranoia. Empezaba a desconfiar de mí misma más que de él o de cualquier otra persona.

—Gracias —dije desganada, y lo metí en la nevera sin mirarlo apenas. Fue todo cuanto pude hacer.

Aunque el dolor de cabeza había remitido, no conseguí sentirme mejor ni hablando con mi hermana ni dándome un baño.

Yo misma era consciente de que tenía mala cara. Tan mala que él me preguntó:

—¿Te pasa algo?

—No, nada —respondí, pero no fui capaz de sonreír.

La energía se me estaba acabando, se estaba marchitando.

A pesar de todo, bebí cerveza mientras picábamos un poco de *kimchi* y la jornada llegaba a su fin. Charlamos frente al televisor, pero no daban nada particularmente interesante. Hiciera lo que hiciera, seguía alicaída, y la conversación tampoco fue muy animada que digamos. «Últimamente te veo en baja forma, ¿no?», me dijo él. Le contesté que no era para tanto, que debía de estar un poco cansada. Fue entonces cuando ocurrió.

En mi interior se produjo un cambio tan claro que, inconscientemente, miré hacia el reloj.

Las diez y cuarto.

De repente me di cuenta de que se me había despejado la cabeza. Me sentí como si se hubiera disipado la bruma que me nublaba la vista. No supe qué había sucedido, pero pensé: «¡Así que este era el aspecto que tenía el mundo antes!».

¿Antes?

Sí, cuando lo conocí a él tenía constantemente la sensación de estar disfrutando de todos los sabores que me ofrecía la vida.

El desasosiego de las serenas mañanas en que teníamos una cita.

El olor del viento en los breves momentos en que podíamos estar juntos, los ángulos de las calles que parecían deslizarse por el ritmo demasiado rápido de nuestros pasos.

Cristales, asfalto, buzones, guardarraíles, mis uñas. Los escaparates de las tiendas.

La luz del sol brillando sobre las ventanas de los edificios. Ese ímpetu que lo cincela todo en nuestras células, la convicción de poder ganar en todo.

El mecanismo que, para ganar, para no olvidar, nos hace valorar el mínimo fragmento de tiempo e intentar asimilar físicamente la información que contiene.

La desbordante energía del amor, los ojos abiertos de par en par.

En aquella época, todo era de una belleza absoluta. Todo resultaba claro y manifiesto. En cada cosa se destacaba el contorno de su existencia, como si desprendiera una fragancia.

Sentía cómo el nerviosismo me revolvía el estómago. Al cerrar los ojos veía arremolinarse ante mí el flujo de energía como las vetas del mármol.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué resucitaba de repente esa sensación?

En ese preciso instante sonó el teléfono. Lo cogió él y empezó a hablar.

Yo, aliviada del dolor de cabeza, llevé las latas vacías a la cocina. No sé cómo, pero incluso sentía cierta ilusión. Saqué más cerveza de la nevera con la idea de beber un poco más. Pensándolo bien, era muy afortunada. No tenía que preocuparme por el mañana, la casa era luminosa, disponíamos de un espacio acogedor al que nos habíamos mudado por decisión propia, donde dormíamos, nos levantábamos y siempre había un mañana. ¿Qué era entonces lo que me había agobiado hasta ese momento?

Él asentía con monosílabos en la sala de estar. ¿Quién sería? Antes me habría amargado. Pero ahora ya no.

«Basta con que se lo preguntes a él», pensé. Puede que en la mayoría de los casos los celos enfermizos tan solo sean un síntoma de falta de energía y no de la naturaleza de la relación entre dos personas.

Cuando llevé las cervezas a la sala de estar, él dijo «hasta luego» y colgó.

—¿Quién era? —le pregunté.

—Era... —me dijo el nombre de su ex. Yo, claro, me sorprendí (nunca había llamado a nuestra casa).

—¿Qué quería?

—Antes siempre se quejaba de que, como ya tiene una edad, nadie se interesaba por ella, y ahora acaba de anunciarme que va a casarse con un hombre más joven. Se han inscrito en el registro y ya han decidido adónde se van a mudar. Me ha dicho que no tenía intención de contármelo, pero que de pronto le entraron ganas.

Ya, pensé yo. Aquello no era una casualidad, son cosas que suelen ocurrir. A fuerza de dar vueltas, los cabos acaban atándose. Aunque resulte curioso, no me sorprendió. Lo acepté sin más. Una sensación de reconciliación, de liberación de la carga que había ido acumulando, atravesó la noche. Dejé de odiar. Había llegado la hora de olvidar mi lado más detestable.

—¿La echas un poco de menos? —le pregunté.

—No, por fin tengo la sensación de que puedo empezar una nueva vida —contestó—. No estoy diciendo que antes no fuera así, pero es que no podía dejar de pensar que había hecho algo malo.

—Te entiendo —le dije.

Si estaba tan alterada no era porque el odio hubiera desaparecido, sino porque tenía fiebre.

Decidí acostarme con una almohada de gel refrigerante.

Él, en la cama de al lado, me preguntó:

—¿No huele un poco mal esta habitación?

—Sí, a mí también me lo parece. Apesta a *kimchi* —contesté.

—¿No seremos nosotros? —dijo.

Nos pusimos a olfatear por todas partes para saber de dónde venía el mal olor.

—¡Ah, claro! Es tu almohada de gel.

Él se rio.

Probé a olerla y tenía razón.

—El olor se ha extendido de la nevera al congelador —dije yo.

Aun envolviéndola con una toalla siguió oliendo, pero lo preferí a pasar calor, así que decidí aguantarme y dormir sin más.

Habíamos apagado la luz y en el dormitorio se notaba un ligero olor a *kimchi*.

Luego me quedé adormilada y soñé.

Solo fue como una breve secuencia, pero muy intensa: paseaba por un mercado coreano.

Mi mano... Creía que estaba vacía, pero alguien me agarraba de la mano.

Levanté la mirada y era él.

Un sol radiante, diversos productos bajo la luz resplandeciente. Un rumor de voces, olor a ajo, mujeres de cejas bien definidas.

Ese colorido abrumador.

Elegimos *kimchi*.

El rojo vivo dentro de los barreños y las vasijas.

«Me apetece comer *kimchi* de pepino», dijo él. «¿Por qué no lo compramos un poco más lejos? Vamos hacia allá.»

Ahí intervino la realidad física. Había bebido demasiada cerveza y tenía ganas de ir al baño. Abrí los ojos y, al incorporarme, noté que todavía tenía bastante fiebre.

Al volver del baño, me di cuenta de que él estaba despierto en medio de la oscuridad.

—¿No puedes dormir? —le pregunté, y él, con voz soñolienta, me dijo:

—He soñado con *kimchi*. Iba contigo a un restaurante coreano de carne a la parrilla.

—Ah, yo también.

—¡Qué increíbles son los olores! Van directos al cerebro.

—Tienes razón.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Al tumbarme, la fría almohada, con su olor a *kimchi*, refrescó la incandescencia de mi cabeza.

Medio adormecida, pensé:

«El mismo sueño provocado por la misma comida, el mismo olor, la información presente en la misma habitación. Dos cuerpos distintos y la posibilidad de compartir su vida. He ahí el sentido de convivir».

He llegado hasta aquí soportando el peso fofo de distintos bultos.

Ahora que me doy cuenta, tengo la sensación de haber estado así durante mucho, muchísimo tiempo.

Desde niña. Desde antes de nacer.

Tengo la impresión de que he tomado conciencia de ello.

De que seguirá siendo así por mucho tiempo.

Me guste o no. Hasta que me muera. E incluso después de morirme.

Pero de momento es hora de descansar, las cosas ya se han prolongado lo suficiente, estoy cansada y quiero dormir. El día ha tocado a su fin. Cuando me despierte mañana, habrá un sol cegador y surgirá un nuevo yo. Respiraré aire nuevo, nacerá un día jamás visto. Cuando era pequeña, siempre me sentía así después de un examen o por la noche, después de una competición deportiva. Me decía que una especie de brisa nueva correría por mi cuerpo, que al día siguiente por la mañana me habría librado por completo de todo lo sucedido hasta el día anterior. Cuando abriese los ojos relucirían como perlas.

Esa noche conseguí creer en ello de manera tan cándida y sencilla como en aquella época, en la que siempre pensaba en ello como si fuese una oración.

Sangre y agua

Durante mucho tiempo sentí aversión por todo lo que tuviera que ver con ocultismo, religión, *new age* y el músico Kitaro o la canalización espiritual. Giraba la cara cada vez que veía algo por el estilo en la prensa, en la televisión o en la calle.

Ahora es un poco distinto, tengo sentimientos más complejos. Del mismo modo que no odio mi nariz solo porque no sea bonita o que no soy consciente de la sangre que fluye por mi cuerpo.

Mis padres siempre han sido demasiado buenos para el mundo en que vivimos. Cuando yo todavía era pequeña, un hombre los engañó y tuvieron que deshacerse del patrimonio que habían levantado honradamente. Para lograr la ardua tarea de perdonar a ese individuo, viejo amigo y socio de mi padre, se volcaron en una religión sin nombre basada en el budismo esotérico japonés. El gurú era un señor versado en el arte de leer la mente —desde mi punto de vista, simplemente un hombre bondadoso—, vivía en un poblado que había construido con sus discípulos, y se dedicaba de manera concienzuda e indefectible a las actividades religiosas con el apoyo de varias cabezas pensantes. Un día, el gurú se dirigió educadamente a mi padre por la calle y le ofreció «algo importante, la respuesta que estaba buscando». Por más que se lo he preguntado, nunca ha querido contarme qué le dijo el gurú. Al poco, mis padres vendieron su casa y el solar, pagaron la deuda y, llevándome consigo, se integraron en la vida comunitaria de ese pequeño poblado.

Allí viví doce años.

A los dieciocho no pude soportarlo más y hui.

No había ningún motivo en particular. La gente no era mala, yo quería a mis padres. ¿Se parecerá el arrebató que me dio el día en que se me acabó la paciencia al sentimiento de la persona del área rural que desea ir a Tokio y que cree que trasladándose a la capital todo irá a mejor? No lo sé, porque

nunca me he visto en la misma tesitura, pero puede que estuviera desilusionada conmigo misma y con el sistema religioso que sustentaba a mis padres. Cuando me di cuenta, el hedor de los débiles se nos había pegado a la gente del poblado, a mis padres y a mí.

Mi padre, mi madre, el gurú y los creyentes habían intentado en varias ocasiones contener la infantil visión con la que yo contemplaba el mundo con la madurez y la tolerancia de su forma de pensar, pero nadie podía detener la energía de la juventud. Mis ojos enfocaban a lo lejos, soñaban con los «seres humanos» que se hallaban, se suponía, más allá de las montañas: más impulsivos y pasionales, más fuertes e increíblemente bellos. Personas imaginarias que lloraban, se reían, engañaban y traicionaban, a veces se ponían muy serias y, en definitiva, vivían intensamente y eran capaces de sonreír aunque las pisaran una y otra vez.

Esas personas, a diferencia de los creyentes que yo conocía, no rehuían con una sonrisa las cosas que les resultaban desagradables, no amaban cuando en realidad odiaban, ni perdonaban cuando estaban enfadadas. Tenía la sensación de que la delicadeza de los habitantes del poblado y su habilidad para rechazar con tacto a los demás estaban corroyendo mi corazón, mi energía vital. Desde luego, también había gente maravillosa dentro. Gente que no se puede describir con palabrería barata como «han alcanzado la iluminación». Gente estupenda que te obligaba a preguntarte qué hay que hacer para poder llegar a ser así. Les guardaba respeto, sí, pero creía que para llegar a ser como ellos tenía que salir de allí.

Luego, cuando me mudé, la gente corriente de la ciudad resultó ser en muchas ocasiones más pusilánime que la gente del poblado. Pero, cómo decirlo, a veces me encontraba con personas maravillosas que me sorprendían, me hacían reír a carcajadas, y yo no podía estar más ilusionada. Comprendí que, dejando aparte cierto tono extraño que reinaba en el poblado, la proporción de gente maravillosa y gente propensa a evadirse es la misma en todas partes.

«Entonces, ¿por qué sigo en Tokio?»

Me preguntaba a veces a mí misma.

Para entenderlo, probad a vestir en las ocasiones importantes durante diez

años el único vestido negro y aburrido que vuestra madre os ha comprado. Y que, aun así, os las ingeniabais para estar lo más monas posible. Por eso, desde que me mudé a Tokio me hacía feliz ponerme cualquier cosa, me vestía sin pensármelo dos veces cualquier prenda por disparatada que fuera. Era la forma ideal de ir a cualquier lugar, de integrarme en todas partes, sin que nadie adivinara el precio de la ropa que llevaba. Es decir, que por fin habían aflorado los colores de mi personalidad, como le suele ocurrir a cualquiera que ha estado sometido durante mucho tiempo a cierta formación.

Al principio disfrutaba del día a día fuera a donde fuera y todo me parecía radiante. Me contentaba con salir a ver lo que había en la calle. Era feliz aunque el aire estuviera contaminado, las estrellas apenas se vieran y mi cuerpo se resintiera. Siempre estaba fuera: salones de juegos, discotecas, parques, bares, cafeterías, grandes centros comerciales. Todo era bonito y emocionante.

Y, para colmo, mis padres, con gran apertura de miras debido a su religión, no intentaron llevarme de vuelta por la fuerza. Me enviaron la cartilla de la cuenta corriente y el código para usarla, acompañados de una larga carta en la que me decían que volviera cuando quisiera. En el poblado apenas se manejaba dinero, pero estaban permitidos los bienes personales. En la cuenta corriente quedaba una pírrica cantidad, los exiguos restos de la vida en sociedad de mi padre tras perderlo todo. Con eso pude pagar la fianza y la comisión del alquiler de mi vivienda.

Transcurrido ese primer periodo, y cuando me quedé sin dinero, conseguí que un hombre mayor casado y con hijos con el que estuve saliendo una temporada me enchufara en su agencia de diseño. Yo no había ido a la escuela, pero las personas del poblado se habían encargado de enseñarme distintas cosas. La mayoría de ellas procedían de facultades de bellas artes, así que había aprendido los fundamentos del dibujo y del diseño. También a escribir en un procesador de textos y a realizar operaciones matemáticas sencillas, e incluso me habían hablado de sexo en pleno aire libre. Como allí todo el mundo estaba ocioso y no tenía nada mejor que hacer, cada uno me enseñaba lo que sabía como mejor podía.

De modo que, aunque me mezclase con personas acostumbradas a estar en

sociedad, no desentonaba tanto. Creía conocer bien la cicatriz que me habían dejado mis orígenes y no me faltaba sentido común. También era consciente de que me había marchado del poblado por decisión propia. Encontré el equilibrio y me dejé llevar.

Pese a todo, había veces que pensaba en mis padres y me echaba a llorar en plena noche.

Se debía, más que a la soledad, a que quisiera verlos o que a les estuviera agradecida, a que sabía que ellos dos y el resto seguían viviendo del mismo modo que cuando yo estaba allí, que me amaban con todo su corazón, aunque fuera de un modo peculiar, y que ellos siempre me acogerían con esa particular ternura suya y con esa alegría de tonos extraños, a la que tan acostumbrada estaba yo pese a creer que era falsa. A veces me planteaba en serio coger un tren al amanecer y regresar al poblado. Los extrañaba. Las personas se obligan a avanzar porque no pueden volver al pasado; yo, en cambio, sí podía hacerlo: podía regresar cuando quisiera a aquel lugar verde suspendido en el tiempo. Y resultaba difícil resistirse a la tentación.

Sin embargo, sabía que no lo haría. Me sentía sola y no sabía qué pintaba yo allí. Pero mi intuición me decía que no podía regresar. Era como si el 99 por ciento de mí quisiera volver, pero, hiciera lo que hiciese, no me concedieran el permiso. Así que, de noche, me revolvía de rabia entre las sábanas y me aguantaba apretando con fuerza los dientes.

A la mañana siguiente salía el sol, me lavaba la cara e iba al trabajo. No era capaz de recordar por qué sufría tanto por las noches. Cuando cogía el tren, los párpados entumecidos ya habían vuelto a su estado normal. Me volví popular entre mis compañeros: todo el mundo se reía de los comentarios fuera de lugar que yo hacía y me llamaban «bosquimana» u «hotentote». Ellos me confesaban sus amores, se peleaban conmigo, me reñían, me pedían consejo sobre sus problemas e incluso me hacían regalos por mi cumpleaños.

Y así pasé dos años sin contratiempos.

Hasta que conocí a Akira.

Hasta que lo conocí y creí haber entendido la razón por la que había ido a Tokio.

Ahora vivo con él.

Él no se dedica a nada. Siempre está en casa, fabricando cosas. Son de madera y metal, caben dentro de la palma de la mano y tienen formas difíciles de definir. No son accesorios. A la hora de hacerlas se vale de alicates, escoplo y, al parecer —la verdad es que nunca me he parado a pensarlo—, del poder necesario para torcer una cuchara.

Yo, aparte de trabajar en la agencia de diseño, completo mi vida laboral vendiendo esos objetos a gente que se entera gracias al boca a boca. A Akira nunca le apetece tratar con otra gente.

El cliente de aquel día, a juzgar por su voz a través del teléfono, era una chica de más de veinticinco.

«¡Hasta luego!», le dije a Akira, y él me acompañó a la puerta del piso.

Habíamos quedado en una cafetería dentro de un rascacielos de Shinjuku. La señal para reconocernos era mi falda roja. Me encontró enseguida. Era una chica guapa, de facciones bien definidas, e iba trajeada. Al verme sonrió y me saludó agachando la cabeza.

—Hola —la saludé.

Yo nunca me presento. Ni entrego tarjetas de visita. Akira dice que le da pereza expandir el negocio.

La chica se presentó con un tono de voz alegre:

—Hola, me llamo Kokubo.

«Aquí tienes...», dije, y saqué del bolso el objeto, envuelto en papel de seda marrón.

Al ponerlo sobre la mesa la golpeó ligeramente con un pequeño *¡toc!*

—¿Puedo verlo?

La chica alargó la mano con un gesto infantil. Era un alivio que entre nuestros clientes hubiera gente tan correcta.

—Claro, claro —respondí yo.

Ella abrió el envoltorio y sacó el objeto.

—Aquí está... —dijo ella, y se quedó un rato callada con el artículo sobre la mano. La expresión de la cara era difícil de explicar. Como de entre apuro y

felicidad.

La entendía perfectamente. A mí me pasó lo mismo.

Cuando conocí a Akira, amigo de un amigo, él todavía era un estudiante. En el momento en que me lo presentaron y nuestras miradas se encontraron, percibí en él una profunda aura de religiosidad. Su baja estatura, el brillo de sus ojos, su forma de estar... Todo su ser desprendía un halo, como ondas, que me conectaba con el pasado.

Eso hizo que sintiera rechazo y que me enamorara de él con la misma urgencia.

Había estudiado psicología en el poblado y sabía a ciencia cierta que, al marcharme de allí, en algún momento aquello tendría consecuencias. También sabía que si estas sobrevenían de manera natural, tendría que aceptarlas tal como vinieran, fuesen del tipo que fuesen.

En japonés, la palabra para esas consecuencias, *shiwayose*, se parece mucho a la palabra *shiwawase*, «felicidad». Algo bueno tenía que tener. Que esas consecuencias tuvieran forma de hombre fue extenuante pero positivo. Al menos, me pareció mucho más fácil de afrontar que si se hubieran manifestado de otra forma, como vivir con normalidad y de pronto padecer una crisis nerviosa o casarse felizmente con alguien del trabajo y luego sentir ganas de estrangular al niño al que has dado a luz. Si estaba tan mentalizada se debía a que era consciente del lastre que arrastraba de la primera época de mi vida. Me entristece decirlo, pero sentía el peso inexorable de la sangre, como la gente en cuya familia, tanto por parte de padre como de madre, hay una incidencia de cánceres más alta de lo normal o como la gente que padece anemias graves.

«Haga lo que haga, soy quien soy y nunca podré ser hija de otros padres.»

Cuando empecé a vivir con mi novio, me sentía tan inestable emocionalmente que el amuleto protector que me fabricó fue el primer producto de lo que sería nuestro negocio.

Me gustaría que un día tú también tuvieras uno.

Algo único en el mundo, hecho para una persona sola, que da forma a lo que todos deseamos si nos ponemos a reflexionar sobre qué es lo que de verdad queremos.

Creo que se parece a la sensación que tiene un bebé cuando roza con la boca el pezón de su madre por primera vez. El tierno impacto de que acepten incondicionalmente tu existencia. Los objetos que Akira fabricaba entrañaban ese poder.

—Toma.

Cuando me lo entregó depositándolo sobre la palma de mi mano, supe que una borrasca de cálidas lágrimas atravesaba el cielo de mi corazón. Por su dulzura y su peso, como un hormigueo en la mano, recordé el momento en que, de pequeña, me hicieron sujetar un pajarillo recién nacido.

—¿Qué sentido tiene quedarme con esto? No hay nada que no acabe rompiéndose —dije llorando.

—Tranquila, aunque lo pierdas, puedo fabricar más. Te haré tantos como haga falta —me respondió.

En ese momento tuve la sensación de que despertaba de un larguísimo sueño.

Comprendí de repente que eso era justo lo que necesitaba.

Aun suponiendo que me estuviese mintiendo, no había otra fórmula mágica más importante para mí, que lo había dejado todo atrás —mis padres, mi gran familia y mi identidad— y, sin haberme dado cuenta, me sentía desamparada, y me había vuelto incapaz de encariñarme con nada por el miedo que me producía que en el mundo hubiera cosas que cambian radicalmente y desaparecen.

¿Habría oído también mi padre esas palabras en boca del gurú? Por primera vez, me pareció entenderle un poco mejor.

En ese instante, las palabras no podían ir dirigidas sino a mí, a oídos de otra persona sonarían trilladas, del montón. La persona que las pronuncia se queda extrañada, sin saber qué pasa, aunque en realidad, en el fondo, conoce el poder que tienen sus palabras. Siente que las ha tomado de algún lugar lejano y hermoso para ofrecérselas a otra persona.

—No sé, pero me transmite una sensación curiosa —dijo la clienta.

—¿En serio? —pregunté.

—Es que una amiga me habló de estos amuletos —contestó mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Ah, sí? —dije yo.

Normalmente procuro no interesarme por la vida de los clientes, pero intuí que la gente como ella era de fiar y tampoco hablaba de sí misma más de lo necesario, así que no le puse freno, como solía hacer habitualmente.

—Me da un poco de vergüenza contarlo, pero cuando era más joven, tuve varios abortos, luego me casé, pero no consigo quedarme embarazada, y mi marido es una persona comprensiva, pero me cuesta decírselo. Eso sí, en el hospital me han dicho que no me pasa nada...

—Y entonces tu amiga...

—Sí. Pero como me dijo que no a todo el mundo le fabricaban amuletos, estaba un poco nerviosa.

La chica se rio.

—No hay de qué preocuparse —dije yo.

Entre los escasos encargos recibidos, Akira había rechazado uno o dos, pero conociéndolo sabía que con ella no habría ningún impedimento. Y es que, a la hora de aceptar un trabajo, él no juzgaba al cliente por lo que había hecho hasta entonces, sino por su postura ante la vida.

Akira tenía todavía menos interés que yo en las circunstancias personales del cliente. Decía que cuando se enteraba de cosas, les daba vueltas y eso le impedía crear con libertad. Una vez le sucedió lo siguiente: un hombre vino a encargarle una pieza diciendo que la necesitaba para su madre, que estaba internada en un hospital con un cáncer terminal. Por más que se la pidió, mi novio le dijo que no podía fabricarla. Insistió en que no sabía por qué, pero no podía. El hombre, implorando, empezó a hablarle de cómo era su madre, de los recuerdos que compartían. Akira, que era muy sensible, se echó a llorar, pero le dijo que creía que sus objetos no estaban hechos para su madre. El hombre no tuvo más remedio que marcharse y yo me pasé un buen rato

consolando a Akira, que no dejaba de llorar preguntándose por qué no podía fabricar esa pieza.

Unos días más tarde, nos enteramos de que el hombre era un espía de una empresa que fabricaba y vendía talismanes. Mi reacción fue la siguiente:

—Me parece lamentable que un adulto tenga una empresa dedicada a fabricar en cadena productos de ese tipo. Pero lo más patético es que venga a espiarte. Cuando lo vi me pareció que tenía una cara siniestra. Puede dar la impresión de que lo que hacéis no es tan distinto, pero tú eres cien veces mejor que él.

La impresión de Akira fue la siguiente:

—Claro, por eso no fui capaz de aceptar el encargo.

Ni más ni menos.

Yo me emocioné un poco y pensé que seguramente esa era la razón por la que estábamos juntos.

—Muchas gracias —dijo la chica. Y antes de marcharse dejó un sobre con dinero.

Probablemente se quedó embarazada al poco tiempo. A pesar del breve contacto que tuvimos me cayó simpática y, al despedirnos, le deseé suerte y le di un apretón de manos. Akira me regañaba a menudo: «¿No eres demasiado amable con la gente? Con lo fría que eres en casa...». Tenía razón, pero yo era así y no había nada que hacer. Cuando alguien me cae bien, no gente con quien tengo cierta confianza, sino alguien prácticamente desconocido, no puedo contenerme. Aparte de cierta timidez, siento que me embarga la amabilidad, la otra persona me cae cada vez mejor y mejor, y llego a crearme dispuesta a hacer cualquier cosa por ella.

Cuando llegué a casa, Akira estaba viendo una película. Me acerqué para ver cuál era: *Elegidos para la gloria*. Justo la escena en la que el astronauta atraviesa la atmósfera. Qué duro debe de ser estar sometida a esa fuerza de gravedad, pensé. Akira asistía a la escena con un gesto de sufrimiento, como si lo viviera en sus carnes. En casa era un tipo normal, llamaba poco la atención,

se le veía falto de agallas, y hacía que me preguntara de dónde sacaba la fuerza para fabricar esos objetos que aliviaban a la gente y le hacían darse cuenta de tantas cosas.

—Hola —me dijo—. Tu padre te ha mandado una carta. Está sobre el escritorio.

—¿Mi padre?

Miré sorprendida hacia el escritorio donde trabajaba Akira, encima del cual reposaba un grueso sobre junto a todas las herramientas para cincelar.

El mes anterior, después de tres años sin verlo, me había encontrado con mi padre.

Convencí a Akira para que me acompañara y quedamos en el parque de Ueno, donde las flores de los cerezos ya se habían caído.

En marzo me llamó al trabajo para decirme que venía a Tokio a visitar a un amigo (no el que lo había engañado, evidentemente) y me preguntó si nos podríamos ver.

Me sorprendió. Ni siquiera se me hubiera ocurrido que a mi padre le diera por abandonar el poblado. Sabía que durante más de diez años él y mi madre no habían salido nunca de allí. Que viniera a Tokio, con las pocas ganas que tenía de dejar aquello, me hizo pensar que quizás había superado ciertas cosas del pasado, pero de pronto me di cuenta: «Viene porque yo estoy aquí, viene a verme». En nuestra religión apenas existían grandes tabúes, pero supuse que si el gurú había animado a mi padre a hacer el viaje era con el objetivo de verme a mí.

A lo mejor... No, con toda seguridad iba a pedirme que regresara. Me imaginé que el intento de convencerme me tocaría la fibra sensible. Si mi padre hubiese venido antes de conocer a Akira, seguramente no habría querido verlo. Porque, pese a la distancia, seguía atada a mis padres. Y el tiempo que mi padre hubiera pasado aquí habría estado triste y llorando desconsoladamente.

Independizarse no consiste en casarse o vivir sola. En absoluto. He visto a

mucha gente que se casa, se marcha de la casa de sus padres y, aunque tenga hijos, carga con la sombra de sus progenitores. No digo que eso sea malo, pero tampoco creo que sea independizarse.

Me di cuenta cuando conocí a Akira. No me refiero a la ñoñería de formar una nueva pareja o una familia con él, sino a que cuando lo conocí supe lo que significaba de verdad sentirse sola. Ni mi padre, ni mi madre, ni el poblado ni Akira pueden pensar por mí: si hago algo, soy yo la que lo hago, decido todo por mí y no podría estar en otro lugar más que en este.

No sé cómo explicarlo.

Yo soy mi propio hogar, mi lugar es este en el que me encuentro y nada puede impedirlo, como cuando ese fabuloso azul antes del alba da paso rápidamente a un amanecer de una belleza distinta. Algo parecido.

Si lo hubiera comprendido antes, no me habría marchado del poblado. No tenía necesidad de irme. Pero me di cuenta después de venir a la gran ciudad y conocer a Akira. Llegué a la serena conclusión de que era mejor quedarme aquí.

Quedé con mi padre el 10 de abril, domingo, delante del templo de Benten, junto al estanque de Shinobazu, en el parque de Ueno. Elegí ese sitio porque hacía tiempo solíamos visitarlo los tres en familia.

Ese día ya estuve rara desde muy temprano: me daba miedo ver a mi padre. Me puse pesada con Akira, que todavía no se había levantado de la cama, lavé la vajilla, me dio por llorar y al siguiente momento me reí a carcajadas con un programa especial de humor; aquello era un auténtico disparate. No entendía lo que estaba haciendo. Pensé en ir sola, pero sabía que la desazón cada vez sería mayor. Con Akira a mi lado me sentiría tranquila, y cuando le pedí: «Por favor, ven conmigo», él, que era de estar en casa, me contestó que vale, me agarró de la mano y me acompañó.

En primavera, muchas barcas se movían en silencio sobre la plácida superficie del estanque. Un manto de nubes bajo y sofocante se extendía por el cielo. Habíamos llegado con veinte minutos de antelación, pero mi padre ya me esperaba frente al templo de Benten.

Allí estaba, como si nada ocurriera.

Fui incapaz de acercarme, así que me quedé mirándolo desde la sombra.

Akira, en vez de empujarme, permaneció a mi lado sin soltarme la mano, que había perdido toda la tensión y estaba como muerta. La chaqueta gris de mi padre, los viejos zapatos negros, su calva, las rodillas firmes. Estuve a punto de perder el conocimiento.

Y de pronto empezó a llover. Eran unas gotas gruesas que caían con bastante fuerza.

Pensé en el estanque, que no alcanzaba a ver desde donde me encontraba, y en que las barcas se estarían dirigiendo deprisa hacia la orilla. Mi padre me esperaba con el paraguas sin abrir en la mano. El marrón oscuro del templo se erguía a sus espaldas como una cortina de humo que difuminaba las distancias. El colorido de las tiendas de recuerdos se había empañado de soledad. Mi padre estaba allí, solo. Sus cejas de perfil dibujaban una curva exactamente igual a las mías y sus ojos se afanaban en buscarme.

En ese instante, Akira dijo algo como en un susurro:

—Tu padre, el templo de Benten y las palomas se están empapando.

Yo pensé que sí, que tenía razón. Me acerqué y le llamé: «Papá». No lloré. Mi padre sonrió entornando los ojos. Le presenté a mi novio y Akira quiso marcharse, pero acabó viniendo a la fuerza a comer con nosotros. Mi padre me trajo mermelada que había hecho mamá. No me pidió que regresara. Yo pensé que, a lo mejor, algún día, quizás en un futuro lejano, me sentiría preparada para volver de visita al poblado. Hasta entonces había tenido tanto miedo que nunca me lo había planteado. Pero ahora, aunque solo fuera una posibilidad, los pronósticos eran ligeramente positivos. Tal vez algún día, quién sabe, como el universitario que regresa a casa.

Chikako:

Me gustó verte el otro día.

Me reconforta saber que vives con una persona buena.

Tu madre ha dicho lo mismo.

Dale las gracias a Akira de mi parte por ese plato tan bueno de anguila.

El avión de ida llevaba retraso y, encima, hubo turbulencias. Durante la larga espera, entablé conversación e intimé con muchas personas. Hacía tantísimo tiempo que no hablaba con alguien que

no fuera creyente, que me entusiasmé y le abrí mi corazón a esa gente. Entre otros, había una chica que iba a visitar a unos familiares de Tokio, un hombre de negocios que llevaba regalos para su mujer y su hijo, una pareja de ancianos o un joven que viajaba solo.

Cuando el avión comenzó de repente a dar sacudidas nos alarmamos. Me fijé en que las azafatas que corrían por el pasillo estaban pálidas, y el ambiente dentro del avión se volvió desagradable. Al final todo quedó en un susto, pero las turbulencias fueron espantosas. Sentí la muerte cerca. A lo mejor todos los que estábamos allí pensábamos, en algún rincón de nuestra mente, que íbamos a morir.

Yo recé *sutras* y enseguida se me pasó el miedo a morir. Sin embargo, me apenaba que las personas sentadas a mi lado, sonrientes hasta hacía un momento, estuviesen ahora vomitando o con la cara crispada. Cuando pensé que podrían partir de este mundo sin sonreír, me sentí mal por ellos, les había cogido cariño, los estimaba tanto como a mi mujer, a mis amigos o a ti y me limité a intentar recordar sus sonrisas, pero me dio pena y por primera vez tuve la impresión de que haber elegido el camino de la fe había sido muy positivo.

Antes yo no me daba cuenta de esas cosas. Todo dependía del altísimo corazón de Buda.

Tu padre y tu madre seguirán viviendo aquí.

Tú haz lo que debas hacer ahí. Estés donde estés, tendrás el consentimiento y el cariño. Y no solo de nuestra parte.

Cuidate.

Papá

—¡Qué tufo a religión! —exclamé, sorprendida de que mi padre hubiera cambiado tan poco.

—¿No te parece una carta bonita? —dijo Akira sin apartar la mirada de la película.

—¿La has leído? —le pregunté.

—No, me he fijado en tu cara mientras la leías —contestó.

Ya veremos cómo evolucionan mi rígida flexibilidad y la rigidez flexible de Akira, convertidas en una sola espiral de *yin* y *yang*.

Aunque él deje de hacer amuletos algún día, siempre me quedará trabajar en un club nocturno o en cualquier otra cosa, no le temo a la pobreza.

Lo que sí me da miedo es el paso del tiempo, inexorable como las ramas de un sauce, ahora expuestas al sol y al instante sacudidas por un vendaval, o como los cerezos que florecen primero y luego pierden sus pétalos.

Y que llegue la noche en que tenga que despedirme de este piso iluminado por la luz del oeste, de él, mientras ve una cinta de vídeo tumbado, y de esta atmósfera. Eso es lo que más me entristece.

—¿Por qué no cenamos hoy *soba* en el Ch-ojuan?[5] —propuso Akira.

—Vale —respondí.

Me olvidé por un momento de que esa tristeza duraría mientras estuviese viva, de que nunca pasaría, y me dispuse a salir con él.

Una curiosa historia a orillas de un gran río

No recuerdo exactamente cuándo empecé a salirme de la norma en lo que al sexo se refiere.

Lo he hecho con hombres y con mujeres, en grupo, al aire libre, en el extranjero, he atado y he sido atada, lo he hecho bajo el efecto de drogas y creo que he hecho de todo, excepto prácticas que pueden conducir a la muerte y cosas asquerosas. Volviendo la vista atrás, me doy cuenta de que he vivido todo tipo de experiencias.

Pero gracias a ello he aprendido que existe un montón de personas en este mundo que hacen a diario cosas mucho, mucho, pero que mucho más impresionantes hasta el último momento de su vida; que existe toda clase de personas, desde aficionados hasta profesionales, que se dedican a todo tipo de ámbitos específicos, como quien fabrica cerámica, hornea pan o toca el violín; que hay diversos niveles de profundidad, que todo está incluido, desde el sentimiento más sublime hasta la absoluta vulgaridad y que, si se lo proponen, las personas pueden consagrar toda su vida a algo.

Seguramente eso es lo que se suele llamar «camino».

Puede que todos vivamos con la necesidad de tomar un camino.

Creo que era también lo que yo buscaba.

Y lo buscaba en situaciones distintas, en los diversos sentimientos que experimenté en esos instantes, en las personas con quienes las compartí.

Recuerdo las sensaciones de puro placer que viví con esa gente. Los momentos en que me convertía en un objeto y mi cuerpo parecía fundirse con mi mente.

Aquel cielo azul censurador. El sol, el color verde. Una ocasión en pleno día en la que todo hacía que me sintiese culpable y estaba tan abatida que me desmayé.

Pero no es de sexo de lo que pretendo hablar.

Si bien es cierto que me sobraban energías, no creo que estuviera hecha para el sexo. Quizá, si hubiese tenido la ocasión, me habría volcado en cualquier otra cosa.

Simplemente era esa ansia violenta, casi enloquecedora, esa intensa emoción de cuando se hace algo por primera vez. Quizá no hubiera ningún otro método tan bueno para desconectar y activar el botón de mi cuerpo que hacía que me sintiera conectada conmigo misma.

Sin embargo, cuando enfermé del hígado dejé de ir a esos encuentros.

Ese fue el motivo por el que me alejé del sexo.

Una vez curada, senté la cabeza y empecé a trabajar en una oficina.

Gracias a un contacto de mi padre, había entrado en una empresa de programación.

Cuando hablaba con mis nuevas amistades, había veces en que pensaba que quizás a mí se me daba mejor el sexo que a los demás. Durante el periodo en que me hallaba inmersa en ese mundo, no me paraba a reflexionar, pero cuanto más se ejercita una cosa más se aprende y más habilidosa se vuelve una. De repente me di cuenta de que había adquirido de forma natural tal experiencia, tanto por el número de veces como por los lugares en los que había practicado el sexo, que cuando me relacionaba con cualquier persona de mi edad, todas sus anécdotas me resultaban infantiles. Supongo que, en cierto momento, la experiencia se tradujo en seguridad en mí misma.

Y poco después me enamoré.

Lo había conocido un año antes y al cabo de un mes empezamos a salir juntos.

El encuentro fue pintoresco.

Él trabajaba en una empresa cliente de la nuestra, y su hermano, que le llevaba bastantes años, acababa de ser nombrado director de dicha empresa.

En julio del año anterior, el antiguo director, el padre de mi novio, había fallecido. Yo asistí al funeral en representación de mi departamento.

Nunca me había emocionado tanto en un funeral.

Apenas conocía al difunto, pero había oído que era una persona excelente. También me habían dicho que en la empresa se trabajaba de forma innovadora y honesta. Bastaba con fijarse en el aspecto de las personas que asistieron al funeral.

«Esto es lo que se llama un funeral de verdad», pensé. Aunque pudieran haber tenido sus diferencias con el difunto cuando este vivía, todos los asistentes compartieron aquel espacio y dieron muestras de pesar, de tristeza sincera, rezaron por su alma. Fue de una belleza extrema. Nacemos, vivimos y nos morimos: la vida en su conjunto me pareció una cosa fabulosa. Durante esas pocas horas, tanto el fallecido como sus allegados quedaron libres de toda culpa.

Elegantes coronas de flores, ofrendas sentidas. Un solemne recital de *sutras*. Todos los presentes apreciaban el estar allí y se habían unido en un solo corazón.

Las comparaciones son odiosas, pero esa convergencia de energía colectiva en un único flujo puro solo la había visto en orgías con gente a la que verdaderamente apreciaba.

Pese a su edad, la viuda del difunto director parecía una esposa joven. Vestida de luto, su cuerpo desprendía una tenue tristeza, comedida y efímera, que realizaba la belleza del amor que había recibido y su resignación ante la muerte.

Mi novio no se despegaba de su madre, como si fuera su sombra, y la impronta del dolor y la determinación quedaba reflejada en su ropa de luto, como el esmalte de las cerámicas usadas en la ceremonia del té.

Me quedé mirándolos, cautivada, a ellos y el hermoso flujo de energía que los envolvía durante las ofrendas de incienso y cuando sacaron el ataúd: la fuerza que surgía de la congregación de aquella gente para ensalzar la vida del difunto.

Desde el principio supe que él se había fijado en mí, porque yo me había quedado con la vista clavada en ellos. Cada vez que nuestras miradas

coincidían, me entraban ganas de dirigirle la palabra.

Aunque teníamos casi la misma edad, sentía compasión y respeto por la difícil situación en la que se hallaba, pero también tenía la impresión de que, a pesar de toda la gente y de los familiares que lo rodeaban, yo era la única que podía ponerse en su piel, la única que comprendía su soledad, derivada de esa situación y de su estado de ánimo. Por mucha gente que se tenga al lado, uno siempre se entiende mejor con los iguales. Parecía elevarse sobre los demás. Me resultaba entrañable y cercano.

Como me costaba despedirme, antes de marcharme lo saludé agachando ligeramente la cabeza. Deseé para mis adentros verlo otra vez. Me dije que seguro que volvería a verlo.

Y así fue. Poco tiempo después recibí una llamada suya.

—¿Por qué no nos casamos? —me dijo en su piso después de comer.

Yo respondí al instante:

—Vale. —Me salió con naturalidad.

Su piso estaba en la segunda planta de un edificio a orillas de un río y, al abrir la ventana, se oía correr el agua. Si te arrimabas al alféizar, notabas la brisa y un ligero olor a cañerías.

Pero también se veía la ciudad de la otra orilla reflejada en el agua y la luna que flotaba sobre el río.

Al principio pasaba todos los días por delante del río. Me detenía frente a su casa, como si quisiera cerciorarme de que ya no había marcha atrás. Solo nos veíamos una vez por semana, pero a veces pasaba la noche en su casa. Luego, cada vez iba más al trabajo directamente desde allí. Siempre prestaba atención al rumor del río. «Tú también, ve, sigue fluyendo hacia delante», parecía estar diciéndome. Resonaba con fuerza, sin decaer, como una nana capaz de aliviar mi constante preocupación por aquel amor.

Hubo un periodo en el que me desconcertaba cómo, con lo joven que él era, podía vivir en un piso tan amplio en un edificio tan grande. Yo, que venía de una familia pudiente, pues era hija del director de una empresa, aunque

fuese una empresa mediana, y me había graduado en una institución femenina privada, también tenía algo de niña pija, pero me sorprendía, cómo explicarlo, la autenticidad e inflexibilidad con la que se entregaba a la búsqueda de la «verdadera belleza».

El mobiliario, los diferentes objetos, la vajilla que había ido acumulando a lo largo del tiempo eran una muestra de un gusto muy personal, inclasificable. Si no hubiera sido por el piso, habría pensado que tenía muy mal gusto y habría huido de allí.

Pero no era ese el caso, él no era así.

A fuerza de pasar el tiempo en aquel piso, me di cuenta de que el paisaje que se veía por la ventana era el elemento que lo había seducido y había hecho que se decidiera por él. Ventanas grandes. Y el río. El río era el corazón del piso.

Aquel paisaje dinámico era como un cuadro vivo enmarcado por la ventana. Pasaban barcos. Se encendían las luces de la ciudad. El sol se ponía sigilosamente. El rumor del agua era como música. Daba color al piso.

Y el que condensaba en el piso la fuerza natural que emanaba del río, igual que en un bonsái, era él. Había incorporado esa fuerza vital y había concebido una decoración interior en armonía con lo de fuera. No era nada del otro mundo, ni había intencionalidad; el espacio había nacido a partir de sus posesiones y de la manera en que las había distribuido. Pese a todo, se percibía cierta voluntad. Él estaba en todo cuanto había en aquel piso.

Eso era lo que a mí me resultaba más curioso.

Yo quería vivir allí. Explorarlo a él, su piso, el espacio atemporal de aquel lugar, quería formar parte de aquello. Acercarme a la ventana y fundirme con aquel paisaje cuyo gran río me hacía sentir el frescor de la brisa.

—Sabía que me responderías que sí —dijo él—. Pero imagínate que en el discurso de la boda van y dicen: «Su primer encuentro se produjo en el funeral del padre del novio y el flechazo fue automático». Así, de buenas a primeras, suena bastante tétrico.

—Es cierto. Pero no creo que haga falta ser tan sinceros y contarlo todo. En las bodas de amigas a las que he asistido se contaban muchas mentiras.

—Vale. Si nos vamos a casar, tendrás que presentarme a tus padres y hacer

las cosas como es debido. ¿Cuándo crees que les vendrá bien?

No había nada que me hiciera más feliz que verlo feliz a él.

—Los llamaré por teléfono y se lo preguntaré. No te preocupes: seguro que no se van a oponer. Son buena gente. —Me reí—. Puedes estar tranquilo. Ya les he dicho que tengo novio y, debido a mi edad, me imagino que ya se lo esperan.

El único inconveniente que tenía mi vida era que le faltaba algo determinante. A todo me lanzaba de cabeza, pero era incapaz de ver, oír y asimilar. Siempre había disimulado esa carencia por medio de cosas bonitas.

A lo mejor era una especie de afición.

En ese aspecto, él quizá se parecía a mí, aunque estaba claro que lo que le faltaba era de otra naturaleza. Por eso aquel piso me había acogido. Había muchos matrimonios como nosotros, pero era consciente de que a ambos nos faltaba algo y eso me preocupaba.

Aquel piso me aceptaba tal como era sin condiciones de ningún tipo.

Y todo gracias al fluir del río.

No sé por qué, pero nunca me sentía tranquila, siempre me deprimía. Solo pensaba en cosas lejanas.

Cuando comía, me cambiaba de ropa, dormía o bebía café con el sol de la mañana, pensaba vagamente en el rumor del agua. Me olvidaba de cosas importantes o sentía que debía arrepentirme por algo.

Esa sensación, el piso y el paisaje parecían fundirse y respirar juntos.

Él, la ventana y el río. Todos eran indulgentes conmigo.

—¿Crees que haces bien casándote con el hijo de una familia tan rica? —me preguntó mi madre.

Hacía tiempo que no iba a la casa familiar.

Mi padre, tal como me esperaba, no reaccionó de ningún modo en particular. Yo tenía una hermana y un hermano y ambos estaban casados. Mi padre ya estaba acostumbrado a esas cosas. No solo no reaccionó, sino que se fue a jugar al mahjong con unos amigos que lo habían invitado.

Me quedé a solas con mi madre en la sala de invitados.

Mi hermano y mi cuñada habían ido a una fiesta y todavía no habían vuelto. La mía era la típica familia de clase alta baja. Todos llevaban un modo de vida acorde.

¿Por qué sería yo la única que, aun haciendo lo mismo, no conseguía encajar?

Mi madre abrió una botella de vino que había reservado, ya que, según ella, la ocasión lo merecía. Se achispó un poco y fue entonces cuando expresó por primera vez lo que le preocupaba.

—No pasa nada. No va a heredar el negocio, él es el que se dedica a la buena vida, por así decirlo —contesté yo.

—Desde hace tiempo tenía la sensación de que acabarías yéndote de casa de ese modo —dijo mi madre.

—¿Qué quieres decir? —pregunté yo.

—Creo que no tienes los pies en la tierra, que eres muy dada a soñar. Sin embargo, de todos mis hijos, siempre fuiste a la que menos le molestaba sacar la basura, hacer la limpieza u ocuparse del perro. Me refiero a que casarte te pone aún más los pies en la tierra, pero supongo que te las apañarás. Por otra parte, aunque me da un poco de reparo decirlo, en las bodas la cuestión del dinero ayuda bastante.

Lo que me dijo era tan típico de mi madre que hasta me enterneció.

Mi padre no se prestaba a aventuras extramatrimoniales, pero estaba obsesionado con la cerámica, dilapidaba mucho dinero en ella y lo habían timado más de una vez. Mi madre intuía y opinaba que, de no haber sido por la cerámica, seguro que se hubiera buscado una amante. Así que ella prefería hacer mutis.

La actitud de mi padre era muy esnob pero bastante realista. Si lo comparaba con el difunto padre de mi novio, me daba cuenta de que mi padre era muy sensible y amable, pero carecía del dinamismo necesario para dirigir una empresa.

Dado que un hombre como él está obligado a tomar grandes decisiones y manejar los ingresos de otras personas, su única escapatoria era tener una afición.

De hecho, creo que la palabra «afición» es la clave de todo. De mi educación, de mi vida.

—El que seas tan responsable y siempre estés dudando si marcharte o no debe de ser porque naciste a orillas de un río —dijo mi madre.

—¿Cómo? ¿Yo?

—Sí, tú.

—¿No se supone que nací en un hospital de Tokio? —repuse. Sabía que mis hermanos habían nacido en el mismo hospital.

—No. ¿No te lo he contado nunca? —dijo mi madre—. Naciste en una pequeña maternidad al lado de la casa de los abuelos. En esa época a tu padre no le iba bien en los negocios, los dos pasábamos por una crisis y yo no me encontraba bien anímicamente, así que me fui a casa de mis padres para dar a luz. La casa estaba al lado del río y desde mi habitación podía verlo. Hasta entonces no había hecho más que dedicarme a las tareas del hogar, y estaba tan cansada que me pasaba el tiempo contemplando el río contigo en brazos, con lo pequeña que eras. Me quedé allí alrededor de medio año. Un día, tu padre fue a buscarme y volví con él. En esa época me sentía desamparada.

Sorprendida, le hice una pregunta:

—Es la primera noticia que tengo. Dime una cosa, mamá, en esa época, ¿nunca se te pasó por la cabeza tirarme al río?

—Claro que no.

Mi madre se rio por lo bajo y me respondió con un gesto alegre y transparente.

—Pensaba en cosas menos concretas. La falta de ánimo me hacía pensar en vaguedades, y puede que nunca en mi vida haya vivido un momento de sosiego como ese. Me preguntaba qué flor sería aquella roja que había en una rama, qué pensaría el señor que siempre aparecía y se quedaba mirando el agua del río. Como había visto ese paisaje desde niña, fue como volver a la infancia. Ahora que lo pienso, necesitaba pasar un tiempo así. Lo recuerdo con cariño.

¿Sería verdad? Yo no acababa de fiarme.

Pero hablaba de esa época con tal gracia y su figura me resultaba tan bella que preferí no hacerle más preguntas.

Una tarde de invierno, celebrada ya la extraña ceremonia del intercambio de regalos de compromiso, me hallaba en la oficina. Acababan de dar las cinco y me transfirieron una llamada a mi terminal.

—¿Akemi? —dijo una voz femenina.

Yo conocía esa voz. Intenté recordar desesperadamente quién era.

—Me han dicho que te casas.

Por fin caí en la cuenta. Era una mujer casada muy refinada con la que había compartido experiencias en una época anterior.

—Pues sí —contesté.

—Se lo oí a K. Por casualidad. ¿Sigues quedando con ellos?

—No, enfermé y cortamos lazos —dije, y me reí.

—Ya, vivimos en un mundo en el que la forma física lo es todo.

Ella también se rio.

Yo no solía conservar la relación con los viejos amigos, como cuando en el colegio se pasa a secundaria y se deja de jugar con los amigos de primaria.

Y es que me daba pereza hacer demasiadas cosas al mismo tiempo. Además, los amigos de esa época eran muy tímidos, y muchas veces, aunque me vieran, no me dirigían la palabra. Finalmente, corté de forma natural con ellos dejando de ir cuando quedaban. Aunque pueda parecer raro, no los echaba de menos.

Pero con ella, no sé por qué, era distinto. Si me hubieran llamado los demás, me habría callado y les habría colgado, o la llamada se habría terminado tras contestar fríamente con un par de monosílabos.

Sin embargo, en este caso me alegré.

Me alegré de que ella, que para mí era como cualquier otra persona con la que pudiese cruzarme, se hubiera acordado de mí y se hubiera preocupado de llamarme.

Era amiga de un compañero. Nos conocimos porque me ofrecí a visitarla cuando ese mismo compañero me contó que se encontraba sola y deprimida en un chalé de Karuizawa, en la prefectura de Nagano, y estaba buscando a una «chica lesbiana tranquila, que no fuera desconsiderada y respetara la

privacidad de la gente» para hacerle compañía.

Pasamos una semana juntas, luego dejó a su marido, que le estaba poniendo los cuernos y apenas aparecía por casa, y nos fuimos las dos de viaje a Hokkaid-o quince días.

Era la primera vez que oía su voz desde entonces. Habían pasado cinco años.

—Felicidades, en todo caso.

—Gracias.

—Ahora que vas a casarte, no deberías hacer más esa clase de cosas. ¿Sabes qué? Tienes algo especial. Te he llamado solo para decírtelo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Es como si, estando a tu lado, uno no sintiera la necesidad de darle vueltas a las cosas. Como si, contigo, fuera a donde fuera, a uno siempre le esperase algo nuevo. ¿Cómo explicarlo? Quizá podrían llamarse expectativas, posibilidades. ¿Te acuerdas de la vez que fuimos a Hokkaid-o? En realidad, a mí no me apetecía nada, pero me lo pasé muy bien. Tú, Akemi, tienes tu propio universo, uno inmutable. Y cuando lo miras, como si miraras una película, *El mundo de Akemi*, te entretiene y te serena. Aunque no formes parte de la película, los fotogramas no paran de avanzar, ¿verdad? Te arrastran a su interior sin que te des cuenta. Con tanta fuerza que no puedes escapar.

Hablaba despacio, midiendo las palabras.

—Entonces nadie puede ser feliz estando conmigo —dije yo.

—¿Qué es la felicidad? Yo disfruté del viaje que hice contigo. ¿Se puede ser más feliz? Tener siempre algún estímulo escondido en el alma es positivo —dijo ella—. Así que deja de hacer lo que hacías. Esas cosas pierden su gracia a partir de cierta edad, y además está el riesgo del sida. Hay que saber retirarse a tiempo.

—Gracias.

—Que seas muy feliz.

La llamada se terminó.

Ambas sabíamos que seguramente ya nunca más volveríamos a hablar.

Su recuerdo sigue muy vivo en mí.

Vivía en un pequeño pero llamativo chalé que destacaba entre las demás casas de una urbanización edificada en medio del bosque.

La primera vez que nos vimos se quedó mirándome, no como si evaluara un artículo, sino como si sopesara mi valor.

Se abrió la puerta y allí estaba ella en albornoz. Yo iba vestida con unos vaqueros y una chaqueta de cuero, y llevaba una maleta grande porque no sabía cuántos días iba a quedarme. Recuerdo que era la maleta verde de espiga de Louis Vuitton que sigue siendo mi favorita y que acababa de comprar expresamente para aquel viaje.

La estancia fue mucho más divertida de lo que me había imaginado.

Formábamos una pareja un tanto sorprendente y conmovedora.

A ella le gustaba cocinar, pero se le daba mal y tardaba un montón en preparar cualquier entrante. Era una mujer guapa y con muy buena intuición, como suele ocurrir entre las mujeres ricas, que, más que de la experiencia lésbica en sí, tenía ganas de disfrutar del particular ambiente de un encuentro entre mujeres.

Como no sabía manejar bien la chimenea, la ayudé a encenderla y acabamos perdidas de hollín, así que nos dimos un baño en una pequeña bañera de mármol con patas.

Luego bebimos whisky frente a la chimenea, mientras esperábamos, sin apenas hablar, a que llegara la noche.

Eran momentos de calma y placidez ante lo que estaba por venir. No había nada de vulgar o morboso en ello, esperábamos como quien espera en una mañana radiante la llegada de una puesta de sol que va a ser, sin lugar a dudas, preciosa.

Su cuerpo me dio a entender que le habían hecho daño y se estaba tomando un periodo de descanso en su vida.

Apartamos la vieja colcha de encaje y nos acostamos juntas por primera vez. Pensé que seguramente había hecho el amor con su marido allí mismo. Lo hicimos con delicadeza y tomándonos nuestro tiempo. Creo que, en materia de sexo, teníamos ideas y una sensibilidad parecidas.

Al amanecer, me sentí como si las dos lleváramos ya diez años en aquella montaña. El aire puro y los rayos de sol que se colaban entre los árboles me atravesaron el corazón y me trajeron viejos recuerdos. Me gustaba el dulce aroma que despedía su cuerpo, flácido y redondo en todos sus recovecos.

Por las tardes veíamos cintas de vídeo, las noches eran interminables.

Hiciéramos lo que hiciéramos, siempre esperábamos a que llegara la noche.

Apenas hablábamos o sonreíamos, pero lo pasábamos bien. El aire era muy poco denso y tenía la sensación de que nos íbamos a disipar en el cielo azul del bosque. Cuando me propuso ir a Hokkaid-o, sentí curiosidad por saber hasta dónde llegaríamos, qué ocurriría.

Pero no cambió nada.

Todos los días me deseaba y alcanzaba el orgasmo varias veces.

Me amaba con ternura.

Aquello duró hasta que un día su marido llamó al hotel de Hokkaid-o en el que nos hospedábamos y ella lo amenazó con que, si no volvía a casa, se divorciaría de verdad.

Vimos varias películas, fuimos al mercado y a las pistas a esquiar. Al acabar, nos quejamos de que nos dolía todo el cuerpo mientras bebíamos café en el refugio.

Me puse triste.

Sabía que aquello tenía un fin, que esos días habían sido demasiado perfectos para continuar nuestro romance en Tokio.

Me dije que esas cosas pasaban. Amores perfectos condenados a terminar sin pena ni gloria.

Nos separamos una noche, en el aeropuerto de Haneda.

Durante el vuelo estábamos tan tristes que casi no hablamos, y a mí por poco se me saltan las lágrimas.

Ella llevaba gafas de sol, pero creo que estaba llorando. En el momento de la despedida, me entregó un grueso sobre como si fuera una flor hermosa.

Mientras vi cómo desaparecía su figura en la parada de taxis, pensé que nunca más volveríamos a vernos. Hasta hacía un rato habíamos estado juntas, nos habíamos cogido de la mano, nos habíamos besado e incluso conocíamos

nuestras partes íntimas y, sin embargo, ella ya no estaba.

La echaba de menos.

En el sobre había quinientos mil yenes en efectivo, una fotografía en la que salía yo agitando la mano y riéndome en medio de la arboleda, los rayos de sol y el cielo azul de Karuizawa de fondo, y otra foto de mí leyendo desnuda una revista a la luz de la mesilla de noche mientras me tomaba una limonada. Eran las polaroids que me había sacado.

¿Me las había dado porque no quería que quedasen recuerdos? ¿Quería deshacerse quizá de las pruebas? ¿O era tal vez sentimentalismo?

No lo sabía.

Pero aquellas fotos hacían que se me encogiera el corazón. Todavía hoy sigo guardándolas.

Pasado algún tiempo, justo después de haber dejado el trabajo, me llevé una sorpresa cuando, mientras bebía un expreso de tamaño grande en una cafetería de la cadena Doutor en el barrio de Aoyama, me encontré por casualidad con K.

Sentí la corriente del destino en la piel. Algo estaba a punto de suceder. Mi boda se avecinaba y el pasado bullía calladamente. Tuve una corazonada.

En nuestro piso de prometidos teníamos una máquina de expreso con la cual siempre podía beber café muy concentrado, pero durante mi época de oficinista me había aficionado a aquel, más ligero, y aunque había dejado el trabajo, seguía acercándome a aquella cafetería de vez en cuando. Eran las seis de la tarde y venía de hacer la compra. Estaba tan absorta y desprevenida que no me di cuenta de la incómoda presencia de aquel viejo conocido. No obstante, si había alguien a quien quisiera ver antes de casarme era precisamente él, así que era como si de forma inconsciente lo hubiera atraído hacia mí.

—Akemi.

K me llamó de pronto por mi nombre.

En el momento en que vi la intensa luz de sus ojos, no pude engañarlo

reaccionando como si llamaran a otra persona. Una mentira tan aparente como esa se viene abajo si no se ejecuta en el momento.

—¡Cuánto tiempo! —exclamé fingiendo rubor.

Pero eso no lo disuadió.

Me sonrió y se sentó a mi lado.

—Me han dicho que te casas.

—Ya habrás ido contándolo por ahí, ¿no?

—Es que fue tan repentino que me sorprendió. No te lo tomes a mal.

—¿A qué te dedicas ahora que ha pinchado la burbuja financiera?

Antes tenía una pequeña empresa que importaba accesorios y antigüedades de España y otros sitios. Ganaba mucho y era arrogante, pero tenía éxito por su refinamiento. Había oído el rumor de que su empresa se había ido al garete.

—¿Ahora? Sigo dedicándome a algo parecido. Tengo un negocio de entrega de comida a domicilio solo a altas horas de la noche. Pero me va bien. Y sobra gente joven que quiera trabajar de repartidor. Ahora yo ya no estoy al pie del cañón, pero al principio me lo tomé muy en serio e incluso aprendí a freír pollo y todo eso.

—Bueno, también pasaste lo tuyo, ¿no?

—La vida es divertida.

—¿Y los demás?

—Ninguno ha pillado el sida y siguen llevándose bien.

—Ya.

—Dime una cosa —dijo—. Cuando te metes en ese mundo, es muy difícil salirse, ¿no crees? Sobre todo como estabas tú. Confiésalo: se te mojaban las bragas pensando en el fin de semana mientras trabajabas, ¿verdad?

—Fue como si lo olvidara todo de golpe. Supongo que la temporada en el hospital me vino bien —contesté.

—Tú siempre has sido así. Siempre de lado, con cara de indiferencia. Yo pensaba que era narcisismo barato, pero a lo mejor tan solo buscabas algo distinto a lo que buscaba la gente que se reunía allí.

—Procuro interesarme solo por el presente —dije yo.

—¿Tan bien está el matrimonio? ¿Crees que vas a sentirte protegida entrando en una buena familia? ¿Te contentarás con un piso bonito y una buena

vida?

No quería picarme, se limitaba a ser sincero. Recordé que K tenía el mismo temperamento para el sexo. Y sentí una enorme nostalgia. Por un instante me hizo retroceder en el tiempo y me invadió aquel ambiente, aquella tensión emocional.

—Ya, pero es que no puedo volver atrás. Es como si dijera que quiero volver a mi infancia e ir a la guardería. Ya no me interesa el sexo.

—¿Vas a aparcas toda aquella pasión, aquel vigor físico? Ni antes ni después hubo otra tía tan entregada como tú.

—Por eso mismo, ya he obtenido lo que quería y ahora no necesito más. Ya he tenido suficiente. ¿Qué hay de malo en no hacer algo cuando no te apetece? ¿Acaso no ha habido otros muchos como yo? No recordaba que fueras tan insensible para criticar la libertad de los demás —le respondí.

Estaba raro. Nunca lo había notado de ese modo. A lo mejor se había vuelto así a fuerza de mostrar su cuerpo delante de tanta gente, como solo se suele mostrar a una pareja o a un médico.

—Tú tenías talento. Yo no.

—¿De qué me estás hablando? ¿De sexo?

Me reí.

—No. De que sabes pillarle el truco a cómo vivir. De que hay una cosa que se llama tiempo y tú eres aficionada a mirar hacia delante. De que tienes talento para creerte la mentira de que puedes pulir tus capacidades, hartarte y poner punto y final. La gente, en cambio, se pasa toda la vida dando vueltas en torno a lo mismo.

—No sé cuál es la lógica —repliqué—. Creo que solo me harté de estar en grupo. De ese sistema tan exclusivo y de connivencia que aplastaba a los recién llegados. Hubo una época en la que fuimos geniales en todo lo que hacíamos. No le teníamos miedo a nada, no nos importaba morir. Nos gustaba tanto la noche como el día. Pero cuando esa fase se terminó, francamente, dejé de interesarme. ¿Conoces la Big Thunder Mountain de Disneylandia?

—¿Qué tiene eso que ver? No, no la conozco.

—Una vez me monté al atardecer, y cuando bajaba girando a toda velocidad por una cuesta, tuve la sensación de que todos los que allí

estábamos éramos uno solo. Aunque fuéramos japoneses, todos chillábamos como locos y sentíamos que había merecido la pena ir a Chiba, entrar en el parque de atracciones y montarse en la montaña rusa con aquel día tan estupendo que hacía. Formábamos una piña al disfrutar de ese momento, pero cargábamos con la pena de que jamás volveríamos a desplazarnos a toda velocidad ese día, a esa hora, con esa gente. Porque no duraba más que tres minutos.

—Ya, normal.

—Pues es el mismo sentimiento, y cuando te pasas disfrutando, te resulta incómodo estar más tiempo ahí. Quizá me excedí.

Sentí que, cuanto más hablaba, más consciente era de que algo no cuadraba. No tenía ganas de que me entendiera de verdad y estaba contándole una ficción que le resultara inteligible. No era una mentira, pero tampoco estaba siendo sincera con él.

La verdad es que me había alejado de aquella situación como el fruto maduro que cae al suelo, y había llegado al estado actual siguiendo un curso, como los ríos. Era un mundo en el que no había lógica que valiera.

Entonces, ¿para qué intentar explicárselo?

Probablemente por el respeto que le había tenido en el pasado.

También podría llamársele apego. Él dijo:

—¿Te acuerdas de cómo eras entonces? Era increíble. Yo siempre andaba excitado, pero lo tuyo daba miedo. Muchísimas veces pensé que estabas loca. Que nadie tenía tanto apetito en el mundo como tú. Después de ti, he conocido a gente de todo pelaje. Es cierto que nuestro círculo no era demasiado grande, pero he oído muchas historias y jamás he vuelto a encontrar un ardor y una locura como la tuya. ¿En serio me estás diciendo que alguien como tú puede olvidar esa ansia y casarse?

«Que te digo que estás equivocado, que no sé tú, pero que a mí esas cosas me dejaban un poco cansada, que tampoco eran para tanto. Es igual que los niños pequeños: cuando quieren algo o les apetece hacer algo, no pegan ojo en toda la noche. Quizá nuestra capacidad de aguante sea radicalmente distinta y a ti no te suponga ningún problema pasarte toda la vida yéndote de orgías con esa gente los fines de semanas, pero a mí sí», pensé, aunque no me atreví a

expresarlo en voz alta, porque me dio la impresión de que ahí sí estaría manifestando algo que tenía que ver con las facultades personales y que podría ofenderlo.

Él disfrutaba de su vida dentro de sus posibilidades, aunque con el paso de los años empezase a desmoronarse y surgieran extrañas sombras en su personalidad y en sus palabras.

—Nunca me hubiera imaginado de una tía como tú... —dijo. Era la segunda vez que me llamaba «tía»... que acabaría dejándolo para casarse. Supongo que has encontrado a un gran hombre y que las condiciones son ventajosas.

Después de dejar de verme con aquella gente debido a la enfermedad y al poco tiempo de entrar en la empresa, me sentí rara. Quizá me afectó de forma psicológica. Durante medio año tuve como un tic en las mejillas al intentar hablar cuando estaba cansada o asistía a comidas a las que no me apetecía ir.

En la libido, igual que en el apetito, surgen desórdenes, del mismo modo que tu cuerpo se indispone cuando comes hasta reventar.

Poco a poco volví a la normalidad, hacía el amor con moderación, iba al trabajo, almorzaba con mis compañeros, compraba ropa, me levantaba por la mañana, me acostaba por la noche, se me fueron las ronchas, superé la fase de mono en la que me entraban unas ganas locas de hacerlo y empecé a darme cuenta de que las cosas bellas y divertidas de este mundo no se reducen al sexo... Mientras tanto, K lo hacía una y otra vez con los demás y con los amigos de los demás en toda clase de lugares.

Solo de pensarlo sentí un escalofrío y me alegré de ser quien era. Había actuado en el momento oportuno. «Seguro que existe un dios», llegué a pensar. Uno que te da un toque cuando la cosa se pone peligrosa.

En el momento de la despedida nos dijimos hasta luego. Pero ya no volveríamos a vernos. A no ser que coincidiéramos de nuevo en un Doutor.

«Con lo que tú me gustabas...», pensé mientras caminaba sola por la calle de los anticuarios aquel día de finales de otoño. Hacía fresco y los bajos de

mi abrigo bailaban con el viento. La sombra proyectada por los edificios era oscura y callada, como si el sol jamás fuera a volver a alumbrar.

«Tu cuerpo rechazaba y deseaba al otro con tal fuerza que hacías que lamentase no poder trascender su identidad como humano. Tenías un encanto del que carecían los demás, contigo podía perder la noción del tiempo.

»Si hubieras conservado un poco más la calma y me hubieras dado a entender, sin esa forma de hablar tan vulgar, que me habías echado de menos, a lo mejor ahora nos habríamos ido a alguna parte a pasar la noche juntos. Nos habríamos encerrado en una habitación durante uno o dos meses, sin volver a casa, y lo habríamos hecho sin parar, como en los viejos tiempos. Olvidándonos de todo lo demás. Seguro que habría arruinado lo de mi boda, pero qué más da.

»Sin embargo, no te has dado cuenta. Y aunque no fueras consciente, parecía que estuvieras cubierto por una pátina de soledad y orgullo herido, como un cachorro abandonado. Estamos en mundos distintos, ya no me entendería contigo.»

Mientras meditaba, caminando sin rumbo, me adelantó una bicicleta. Una niña de unos cinco años iba montada en el sillín de atrás. Se quedó mirándome, absorta, ajena a su madre, que pedaleaba con todas sus fuerzas. La brisa revolvió en la oscuridad su pelo fino. Tenía cara de hastío, de persona mayor. Era como si lamentase algo, como si mirase todo con desdén.

«Sí, yo también soy así», sentí. No era un reproche.

Me dejé llevar, proteger, cuidar, mimar, imbuida en la paz que se respiraba en Japón, mientras creía estar viviendo algo extraordinario y, además, sentía que destacaba, que hacía más cosas que el resto. Pensaba que me había entregado por completo al sexo cuando en realidad ni siquiera me expuse al riesgo de hacerlo individualmente con gente desconocida.

No por eso me iba a ir de inmediato a África a cavar pozos. Ojalá hubiera sido así de sencillo.

Él y yo éramos iguales.

Viviríamos y moriríamos sin esperanzas, empapándonos del ambiente de la ciudad.

No sabía qué era la esperanza. Solo sabía que, si era algo resplandeciente

y fulgurante que se podía agarrar con las manos, aquí no podía respirar su energía. No estaba en esta ciudad ni en los ojos de los viandantes. Tampoco parecía que estuviera en la televisión, ni en el interior de los centros comerciales. Porque ahí es donde habíamos crecido, oyendo a las personas de la mesa de al lado, con esas conversaciones rutinarias tan estúpidas que daban ganas de pegarles.

Él creyó que la hallaría en los excesos sexuales, pero al incorporarlos a su vida cotidiana, acabó diluyéndose en la pesadez de la vida.

Yo me harté, construí varios altares e intenté resguardarme en su interior. No sabía cuál era la solución más inteligente, pero ahora tenía la sensación de haber elegido lo correcto. Aunque también me parecía que había dado vueltas alrededor del mismo punto. Esa confusión seguramente no iba a desaparecer aunque tuviese una boda fabulosa, viese a mis padres llorar de alegría, diese a luz un retoño y lo cogiese en mi regazo.

No sabía si era culpa de los tiempos, de mi carácter o de algo que hubo antes y ya no existía. A veces, cuando me adentraba en laberintos como ese, todo me resultaba lejano y externo, y las sensaciones, la alegría y el sufrimiento, desaparecían.

Mi tristeza, mi visión de la belleza se desarrollaban en un jardín en miniatura... ¡Qué lástima de existencia desaprovechada!

Sentía que había tocado fondo.

Creo que los fantasmas del pasado habían dado el último coletazo. Me había quedado atrapada en un canal oscuro.

Un sábado, cuando me preparaba para ir a casa de mi novio, de pronto sonó el timbre, corrí al recibidor pensando que sería un servicio de mensajería y allí estaba mi padre.

Sorprendida, lo invité a pasar.

Era casi inconcebible que mi padre viniera a visitarme sin mi madre.

—Voy de camino a la oficina. Tengo que irme enseguida, porque me está esperando el coche fuera —me dijo.

Mi padre, que había engordado con los años pese a haber sido deportista y haber estado en forma en su juventud, se dejó caer con todo el peso de su cuerpo en una silla de la sala de estar.

Traía un paquete grande.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—La he elegido del almacén, es un regalo para ti. Es cerámica. De Bizen. En vez de ponerla de adorno, deberías utilizarla —dijo mi padre, y tras quitar el envoltorio, el tradicional *furoshiki*, abrió la caja de madera.

Sacó una fuente grande y pesada.

—Gracias.

Caí en la cuenta de que había venido para felicitarme, a su manera, por la boda y le demostré que me alegraba con una sonrisa.

Pensé que, habiéndome dado ya el regalo, no tendríamos nada de que hablar y me diría que se marchaba, pero mi padre no se movió de la silla. Era una sensación rara.

—¿Quieres que hablemos de algo? —le pregunté.

—Hm...

Él seguía vacilando.

—No sé si debería decírtelo. He estado dudando.

—¿De qué? ¿Qué pasa? —dije yo.

—Me parecía que era mejor que siguieras sin saber nada, y por eso nunca he sacado el tema hasta ahora, pero he oído que te vas a ir a vivir a ese sitio..., a orillas de un río, y no he podido evitar pensar que era mejor contártelo.

—¿No será algo relacionado con mamá? —le pregunté.

Si había venido al piso debía de ser porque no quería hablar en presencia de mi madre.

—Sí, así es. Se trata de lo que pasó cuando naciste.

—Tú me dijiste que nací en Tokio en un hospital, igual que mis hermanos. Era mentira, ¿no? Mamá me lo contó —dije, y mi padre se puso triste.

—Cuando naciste, estaba pasando una mala racha en los negocios. Además, me enamoré de otra mujer. Pensé en cerrar la empresa e irme con ella, pero tu madre se puso mal de los nervios, naciste tú y, entre una cosa y otra, la relación con la otra mujer se terminó.

—¿Mamá lo sabía? —pregunté.

—Fue justo por eso por lo que se puso mal. Claro que lo sabía —dijo mi padre.

La tristeza no se había ido de su rostro. Vislumbré otro de los motivos por los que, desde mi nacimiento, la familia había sido para él lo primero y solo se había refugiado en la cerámica. También vislumbré la posibilidad de que hubiera otra vida preparada para mí. Y la posibilidad de que mi vida ni siquiera hubiese sido contemplada.

—Cuando naciste, tu madre y tú pasasteis medio año en casa de tu abuela, la que ahora vive en Tokio, a orillas del río. ¿Lo sabías?

—Sí.

—Seis meses después de que hubieras nacido, fui a verte por primera vez. Ese día, tu madre no estaba en casa y tu abuela me dijo sonriendo que había ido al río. Que de día siempre estaba allí. Aunque me sonrió, parecía como si quisiera decirme algo más y no se atreviera, pero me daba reparo quedarme más tiempo allí, y antes de marcharme caminé hacia el río. En aquel punto no se podía bajar a la orilla y había un gran puente sobre una zona en la que la corriente se aceleraba. Era grande, aunque no lo suficientemente ancho para que pasaran vehículos. Tu madre te sujetaba en brazos apoyada contra el pretil. La estampa era terrorífica. Nadie pasaba por allí, pero si alguien la hubiera visto la habría detenido a toda costa. Tu madre se había reclinado mucho contigo en brazos, quizá de forma inconsciente, y miraba al río. Tu cuerpo ya estaba suspendido sobre el agua. Al acercarme y llamarla, me sentí aliviado, porque respondió como si no pasara nada, con la misma sonrisa jovial que puso cuando nos vimos por primera vez en la cita que concertaron nuestras familias. Dejó que te cogiera un poco en brazos y nos pusimos a charlar sobre algo, algo sin importancia, cuando de repente dejó de hablar. En el momento en que le pregunté qué le pasaba, tu madre se alteró, empezó a dar gritos y te lanzó al río. Yo, claro, me tiré enseguida para rescatarte. Por suerte, caíste en una zona poco profunda y casi sin corriente, por lo que no te pasó nada y en el hospital ya estabas riendo, pero tu madre, con el *shock*, se quedó medio ida, estaba tiesa y no reaccionaba. Cuando, pasado un tiempo, volvió en sí, se echó a llorar pidiéndote disculpas y luego ingresó una temporada en otra

clínica de Tokio. Yo, después de darle muchas vueltas, me dije que no podía seguir así, y fui a visitarla todos los días con la intención de recuperar la relación. En ese momento, tu madre ya se había cansado de estar en el hospital y empezaba a comprender la razón por la que había acabado así, pero no recordaba haberte tirado al río... Probablemente siga sin recordarlo. Al poco tiempo le dieron el alta y pudimos empezar a vivir como antes. Solo que ahora la familia tenía un nuevo miembro: tú. Puede que tu hermano guarde algún recuerdo de la mala situación en casa, pero creo que tu hermana no tenía suficiente edad para enterarse. Total, que se convirtió en un secreto entre tu abuela y yo.

»Como pensé que podrías sufrir secuelas, lo consulté con el personal médico, pero no diste señales de tenerle miedo al agua, y cuando te hiciste mayor seguías igual, así que no le di más importancia, pero pensé que si te casabas podrían salir a la superficie heridas del corazón que estaban escondidas y me pareció que había cosas que era mejor que supieras —dijo mi padre.

Aquello no me sorprendió.

Simplemente, me invadió una sensación de alivio, como si hubiera confirmado algo que de algún modo ya sabía.

Brotó de mi interior con tal fuerza que estuve un rato abstraída y no fui capaz de decir nada.

—¿Te ha impresionado? —preguntó mi padre.

—No. Pero si lo de la boda no llegara a salir bien, puede que me pasara lo que tú dices —respondí—. Desde que tengo uso de razón, para mí las cosas siempre han ido bien en casa.

—Claro —dijo mi padre con un gesto de alivio—. Para nosotros fuiste como un ángel salvador. Después de lo que pasó, mis negocios se recuperaron y no he vuelto a tener aventuras. No sé, fue una época en la que me descarrié.

«Puede que me haya quedado una herida en el corazón», pensé.

«Pero sobreviviré.»

La confianza en mí misma siempre estaba ahí, en alguna parte, y probablemente era algo que mi cuerpo había adquirido a raíz de ese incidente oculto.

Una vez que mi padre se hubo marchado, cogí el regalo y me fui en taxi a casa de mi novio.

Cuando le enseñé la fuente y le dije que me la había regalado mi padre, pero no sabía qué hacer con ella, él, a quien le gustan ese tipo de objetos bonitos, se alegró: «¡A partir de ahora la usaremos muchas veces!».

Mientras me decía cosas triviales como que podríamos utilizarla para servir comida, que les daría vida a los arroces y deberíamos usarla en ocasiones normales y corrientes, recordé lo que había hablado con mi padre y, sobre todo, a mi madre cuando se rio y me contestó que nunca se le había pasado por la cabeza tirarme al río.

Lo único que me había chocado era eso: el rostro de mi madre cuando se rio ese día.

El recuerdo se desvaneció confundido entre el té caliente, la conversación y la claridad del piso.

«Hice esas cosas porque era lo que quería», pensé.

No hay nadie que crezca y salga indemne de ello.

Todos experimentamos en algún momento de nuestra vida un rechazo categórico por parte de nuestros padres. Dentro del vientre materno, por ejemplo, o cuando todavía no podíamos ver. Cuando no éramos capaces de hablar. Quizá por eso la gente busca desesperadamente, fuera de toda lógica, vivir con otra persona que sustituya a la figura de los padres y asuma físicamente parte de la responsabilidad en casos de padecimiento extremo.

Salimos a cenar y, al volver, mientras él tomaba un baño, miré por casualidad al carro de cocina. Mis ojos se fijaron en un sobre.

No parecía una carta personal, ni la letra femenina, así que no sé por qué me quedé mirándolo fijamente.

La forma como habían escrito la dirección del destinatario me produjo cierto recelo.

Sin poder resistir el impulso, miré el contenido.

Era la primera vez en mi vida que hacía algo así, pero no me arrepentí,

estaba convencida de que debía abrirlo.

No había ninguna carta.

Pero sí varias fotografías.

Al verlas, me quedé completamente anonadada.

Eran «fotos comprometedoras» de mi antiguo yo. Aparecía desnuda en casa de K o en un hotel de la ciudad y, naturalmente, no estaba sola. De hecho, en alguna de las fotos éramos más de dos. Lo hacía yo sola con cuatro e incluso cinco personas. Estaba medio desmaquillada, un poco más rellena que ahora y tenía la mirada perdida, pero era indiscutiblemente yo.

Mis primeras palabras, percibidas como si llegaran de un lugar distante, fueron: «Ay, ay, ay, ay». Luego sentí rabia: ¿quién demonios le había enviado eso a mi novio? Por un momento pensé que habría sido K, pero la letra del sobre no era la suya. Había sido otra persona, alguien de esa época.

A continuación me pregunté calmadamente si, al salir del baño, mi novio me anunciaría o no que iba a romper conmigo. Durante la cena no me había mostrado ninguna señal, pero dudaba que nadie en sus cabales fuera capaz de casarse sin decir una sola palabra, como si nada hubiera ocurrido.

«No hay remedio, son cosas que hice y ya no hay remedio», pensé. Me resigné a lo que estaba por venir.

Me levanté e intenté tranquilizarme sentándome al lado de la ventana que daba al río.

Entonces comencé a pensar en la invisible animosidad que nos rodea y en la muerte más allá de nuestros recuerdos. Pero de noche el río, oscuro y destellante, corría a tanta velocidad que me distraje y mis pensamientos se interrumpieron.

La luna brillaba minúscula en el cielo negro, reflejándose como una perla sobre las calles que se hundían en la oscuridad.

Al abrir la ventana oí las risas de la gente que pasaba por delante del edificio. Me llegó también el rumor del río, pero no parecía agua, sino un extraño eco producido por la propia noche.

Y el viento, ¿de dónde venía? Sentí cómo me envolvía por todos lados de modo que no sabía si soplaba de un lugar muy lejano o de muy cerca. Su presencia era tan viva y real que impresionaba.

Allí estaba yo, sentada contemplando el río sin más, cuando él salió del baño.

Llevaba el pijama que solía ponerse y, sonriendo, dijo:

—Listo, ahora te toca a ti. —El tono de su voz sonaba tan normal que me asustó.

Me di cuenta de que no sabía cuándo había llegado el sobre. Di por hecho que había llegado ese mismo día, pero podría haberlo hecho aquella semana o quizás el mes anterior. Pensé que si me callaba, tal vez el tiempo pasaría sin más... Pero...

—¿Qué te pasa?

En el momento en que me habló, me lancé:

—¿Cuándo llegó el sobre que está sobre el carro de cocina?

Él se puso serio.

Normalmente siempre era tierno, solo había visto ese gesto tan duro el día que lo conocí, el día del funeral.

—Creo que el sábado de la semana pasada —dijo.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Es que no sabía qué decirte —contestó.

—Hay muchas maneras de decirlo: que quieres cortar, que es demasiado, que me desprecias —dije yo—. Puede que intenten fastidiarte enviándolas también a la empresa o a tu hermano.

—No pasa nada —dijo él.

Yo me callé. No tenía ni idea de qué debía hacer.

—¿Por qué has decidido casarte conmigo? —me preguntó.

—Por nada en particular, me pareció que podía funcionar —respondí.

—¿Lo ves? Yo igual. No hay una lógica detrás de esa decisión.

—Pero me imagino que te habrá molestado... —dije yo.

De pronto ya no tenía claro qué era lo que quería hacer.

—Si hubiera heredado la empresa familiar, es posible que hubiera logrado hacerla crecer más que en la etapa de mi padre. Sé que es una afirmación sin fundamento, pero estoy convencido de ello. Creo que mi hermano no tiene talento para los negocios. Podrá mantenerla a flote, sí, pero lo que se dice innovar... —dijo él—. De todos modos, a mí me basta con ser un mero

empleado, y le cedí la empresa a mi hermano porque quería estar tranquilo y hacer lo que me apetecía. Ni te imaginas los problemas que tuvimos. Cuando alguien se muere, arreglar todos los asuntos pendientes es una cosa de locos. Sobre todo cuando hay dinero de por medio. Creía que conocía bien ese mundo y estaba preparado, pero fue un caos. Mi padre quería que yo heredara el negocio y hubo mucha gente que se dio cuenta y estuvo haciéndome la pelota; además, la relación con mi hermano se torció un poco. Hizo que perdiera todo el interés e insistí en que le cedía mi parte a cambio de un poco más de herencia, pero varias personas me repitieron que el mundo no funciona así.

»Además, soy consciente de que no tener ganas de trabajar a mi edad significa que estás medio acabado como persona, que eres un ser humano muerto y aburrido. Pero, de todas formas, en este momento no puedo dejar la empresa. No me queda más remedio que hacer lo que hago. Soy un empleado del montón, sin aspiraciones, sin deseos; es patético, sí, pero es lo que hay. Estoy en este estado desde que mi padre perdió la salud. No te estoy contando el cuento de la familia rica sin corazón, es lo que yo he vivido.

»La única cosa que quería hacer en medio de ese desbarajuste era volver a verte, trabar amistad contigo. Creo que soy un inepto, pero qué le voy a hacer. A estas alturas no me dejó sorprender por tan poca cosa. Si fueran unas fotos recientes, sería distinto, pero se nota que son viejas. Si quien las envió tuviera fotografías recientes, habría enviado esas porque habrían resultado más eficaces, por eso sé que ya no llevas esa vida.

Aunque mi novio no me había dado muchas explicaciones, cuando yo todavía trabajaba en la empresa, había oído rumores de que había ocurrido algo tras la muerte del antiguo director.

—De todas formas, no te ofendas, pero basta con acostarse una vez con alguien para saber qué nivel de experiencia tiene —dijo él.

—¿Te diste cuenta?

Me reí.

—Claro. Supe que no estabas precisamente en la media. Me di cuenta la primera vez —contestó.

Me quedé sin palabras. Comprendí que el mundo no se movía porque yo

pensara esto o aquello; él, yo y el resto de la gente estábamos atrapados en un gran torbellino y, aunque no nos molestásemos en pensar y sufrir tanto, la corriente acabaría poniéndonos en nuestro sitio.

En ese instante di un pequeño paso fuera de lo que yo creía que era el centro del universo.

No sentí alegría ni desilusión, sino una extraña incertidumbre, como si relajase músculos que había estado utilizando.

—Entonces me quedaré a vivir aquí, ¿puedo? —le pregunté.

—Claro que sí —dijo él—. Si algo he desarrollado es la capacidad de observar a la gente. Eres divertida, y cuando estoy contigo tengo la sensación de estar viendo una película.

—Eso ya me lo han dicho antes —apunté.

—Al principio me sorprendí y me cabreeé con quien envió las fotos. Pero la verdad es que son bonitas. Que me envíe todas las que quiera —bromeó y se rio—. Venga, cierra la ventana, que hace frío, y date un baño.

Yo cerré la ventana y volví a mirar el río.

A diferencia de antes, cuando el paisaje rebosaba confusión y desazón, ahora el río se había transformado completamente y se había vuelto manso y poderoso, como si estuviera contenido dentro de una imagen. Siempre estaba ahí, dulce y sereno como el fluir constante del día a día.

«Impresionante, parece otro distinto», pensé.

Variaba totalmente conforme a mi estado de ánimo.

Entonces pensé en lo de mi madre, en el agua que contempló conmigo en brazos, en cómo se debió de sentir cuando mi padre fue a verme, caminando a lo lejos en medio de la frondosidad verde, y en que seguramente ella misma no supo si se alegraba o si le dolía. Pensé en mí, que era un bebé, y me pregunté si habría percibido los sentimientos de mi madre entre sus brazos. También si, cuando me arrojó al río, el agua que me tragó parecía agitada o calma y transparente.

Y medité sobre qué implica ocultar algo y que ese algo salga a la luz.

Así me vino la idea a la cabeza de que, a lo mejor, el río me había llamado.

Aunque yo jamás me habría metido dentro.

Pero puede que el río me hubiera guiado hasta allí.

Me condujo a la vera de aquella ventana, con la misma fuerza de atracción que tantas otras cosas: lo invisible, la animadversión, la ternura, lo que mis padres habían perdido y lo que habían ganado, lo que no cesé de buscar en aquella época pasada.

Puede que esa fuerza del destino emanase del río, que la unión de naturaleza, edificios y montañas encerrase una fuerza que nos liberaba tan solo con su presencia en este mundo. Todo estaba mezclado y entrelazado: ni yo estaba sola ni podía tomar decisiones por mí misma, así había sobrevivido y así sobreviviría de ahí en adelante. Ese pensamiento hizo que me diera cuenta de que algo destellaba dentro de mi ser.

Por la mañana, la superficie del río vista desde la ventana brillaba como una corriente de miles de papeles de oro arrugados.

La luz en mi interior era igual de grandiosa.

Vagamente pensé que quizás era eso lo que la gente de antaño llamaba esperanza.

Epílogo

Escribí los relatos incluidos en este libro en aproximadamente un par de años. Todos tratan del tiempo y de las posibilidades de curación, de la fatalidad y del destino.

Tengo la sensación de que afirmar «la vida es un infierno» contiene la misma «carga de significado» que decir «la vida es un paraíso», y, por lo tanto, son reemplazables. No se trata de juzgar si una vida es buena o mala, sino de que, en el proceso de ser nosotros mismos, surge algo que llamamos paraíso e infierno. Escribí estos cuentos con la intención de describir ese proceso en constante marcha. Supongo que por eso la mayoría de las historias tocan temas delicados o hablan del fenómeno religioso o espiritual.

Los personajes que pueblan estos relatos están a un paso de experimentar una transformación que podríamos llamar esperanza; viven una etapa en la que de repente se dan cuenta de algo importante, en la que resucita en ellos una sensación olvidada, o se les exige cierta capacidad para actuar de la que hasta entonces carecían. La perplejidad que sienten, esa inseguridad derivada de la carga psicológica y el alivio de ese peso constituyen el tema de esta obra.

A continuación quisiera dar algún detalle sobre varios de los relatos:

«Recién casados» formó parte de una campaña de la compañía ferroviaria JR y circuló por las vías de Tokio acompañado de las maravillosas ilustraciones de Hara.

«La espiral» es un texto que escribí a modo de texto interpretativo para el libro *Toroi no tsuki* [La luna de Troya], de Masumi Hara. Quiero agradecerle que me haya permitido amablemente publicarlo en este volumen.

El título «Una curiosa historia a orillas de un gran río» (*-Ogawabata kidan*) lo tomé prestado de un tema musical del grupo japonés Tights que me inspiró la idea del relato. Aprovecho esta ocasión para darle las gracias a su letrista y compositor, Susumu Isshiki.

También quisiera darles las gracias a todos los que estuvieron cerca de mí mientras escribía este libro y participaron en él dándome ánimos o consejo.

Crear este libro fue un proceso muy divertido. Eso se lo debo también a Ky-ojir-o Imada y Reiko Mochizuki, de la editorial Shinch-osha, por su inestimable ayuda. Muchas gracias.

Gracias a todos los lectores que me leéis y me hacéis llegar vuestras cartas. Prometo que seguiré esforzándome para escribir cosas interesantes.

Por último, deseo que disfrutéis de lo que os brinda el día a día.

Banana Yoshimoto

Una tarde de principios de primavera, en la oficina.

¡Esta noche voy a un concierto de los Sonic Youth!

Posfacio a la edición española

En mi juventud, cuando escribí estas historias, siempre buscaba llegar a conclusiones. Después, con el paso de los años, he aprendido a disfrutar nadando en un mundo donde esas conclusiones no existen. Supongo que me he vuelto más fuerte.

Ahora, al releerlas, percibo con nostalgia esa fuente de dolor y de malestar frente a la vida tan propio de la juventud, y se me encoge el corazón. En esos años, la noche es muy oscura y parece que las tinieblas que nos rodean nunca vayan a disiparse. Tan vivo es el recuerdo que estos relatos han dejado en mí que supongo que algo bueno tendrán, aunque ahora se me antojen lejanos.

Otro aspecto positivo que percibo en ellos es que afirman que la vocación puede salvar a las personas, y lo hacen de una manera poética.

Cuando los escribí, en unos momentos en que estaba totalmente entregada a la escritura, ni se me pasaba por la cabeza que algún día conocería a mis editores españoles. Pero los milagros de la vida me han llevado a España y a conocerlos. Solo puedo añadir que me llena de satisfacción que mis obras se publiquen también en castellano.

Gracias a todos por leerme.

Banana Yoshimoto
Junio de 2017

Notas

[1] Montaña de la ciudad de Narita, donde se halla un famoso templo budista conocido como Shinsh-oji o Narita Fud-o. (*N. del T.*)

[2] Respectivamente, verduras encurtidas y galletas de arroz con salsa de soja. (*N. del T.*)

[3] Posada tradicional japonesa. (*N. del T.*)

[4] Comida típica coreana también consumida en Japón, consistente en vegetales sazonados y fermentados, muchas veces de sabor salado y picante. (*N. del T.*)

[5] Uno de los restaurantes de *soba* más antiguos y famosos de Tokio. El nombre significa, literalmente, «la choza de la longevidad». (*N. del T.*)

Lagartija
Banana Yoshimoto

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: とかげ (*Tokage*)

Ilustración de la portada: ilustración de Taku Bannai. © Taku Bannai

© 1993, Banana Yoshimoto.
Todos los derechos reservados.
Edición original de la obra publicada por Shinchosha Publishing Co. Ltd., Japón.
Traducción del japonés tradicional publicada por acuerdo con Banana Yoshimoto por mediación de Zipango, S.L.

De la traducción: © Gabriel Álvarez Martínez, 2017

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-9066-472-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S.L.
www.eltallerdelllibre.com